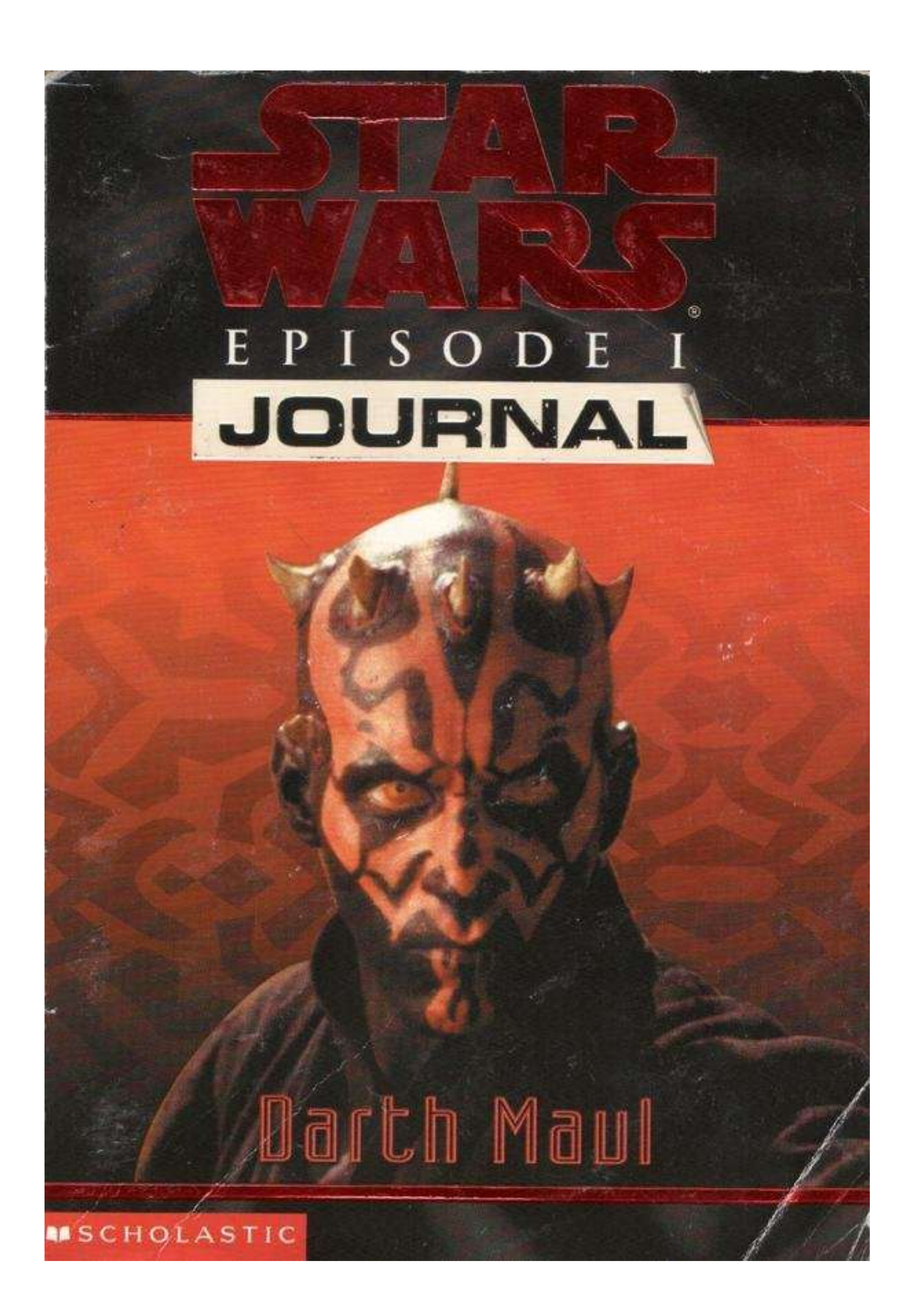

STAR WARS
EPISODE I
JOURNAL
Darth Maul
SCHOLASTIC

He seguido el camino al poder de los Sith, obteniendo energía del odio. Mi juramento es derrotar a los Jedi. He abrazado el lado oscuro… y el lado oscuro me ha abrazado a mí.

He sido elegido. Mi misión es clara.

Cobraré venganza.

Mi nombre es Darth Maul. Esta es mi historia.




**Diarios Episodio I**

# Darth Maul

Jude Watson



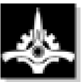
LEYENDAS

Esta historia forma parte de la continuidad de Leyendas.

Título original: *Episode I Journal: Darth Maul*

Autor: Todd Strasser

Publicación del original: junio 1999

 32 años antes de la batalla de Yavin

Traducción: CiscoMT

Revisión: Bodo-Baas

Maquetación: Bodo-Baas

Versión 1.0

22.05.15

Base LSW v2.2



# DECLARACIÓN




# ENTRADA UNO



Puede que pienses que soy malvado. No lo soy. Soy eficiente.

Sirvo a mi Maestro y a la gloriosa tradición Sith. No somos menos poderosos por estar ocultos. Crecemos en la oscuridad. Ganamos fuerza de ella.

Rodeamos a nuestro enemigo, los Jedi, y ellos no lo saben. Nos reímos ante lo que ellos piensan que es su poder. Imbéciles y mentirosos, los Jedi creen que han dominado la Fuerza. Aún así ignoran el lado oscuro. Es su error más profundo, la estupidez más profunda de su orden.

Dicen: *No buscamos poder*. Aún así lo tienen. ¿Por qué tantos en la galaxia admiran a los Jedi?

Porque los Jedi se lo dicen.

Pero un día la galaxia verá dónde recae la auténtica fuerza.

Esto es por lo que he empezado este diario. Algún día espero que sea incluido en los Archivos Sith, uniéndose a las historias y leyendas de los Lords Sith más gloriosos.

He servido fielmente. He estado en muchas misiones. Pero esta misión es diferente. El plan de mi Maestro va más allá del insignificante planeta de Naboo para tomar toda la galaxia. Los Jedi serán llamados en cierto punto. La galaxia está llena de cobardes que buscan a los Jedi para que les ayuden a subsistir. Estamos preparados para esto.

Estoy esperándolo.

En esta misión, los Sith se revelarán a los Jedi al fin.

Los devoraremos.

Mi Maestro me ha llamado a Coruscant, a un lugar secreto donde permanezco oculto esperando a que me convoque.

No me importa esperar. Empleo mi tiempo sabiamente. El tiempo de espera es tiempo de entrenamiento. Cada minuto de mi vida está dedicado a aprender la gloriosa tradición Sith así como al entrenamiento físico. Me mantengo en un estado constante de preparación. Cuando me encuentre a los Jedi estaré en la cúspide de mi poder. Seré el luchador más fuerte de la galaxia.

Cada ejercicio de entrenamiento tiene valor, incluso los más básicos. Por ejemplo. Uno de los primeros ejercicios de entrenamiento enseñados por mi Maestro consistía en correr por una pared. Empecé desde un extremo de la sala de entrenamiento y corrí hacia la pared. Di varios pasos por la pared con mi impulso y entonces di una voltereta para aterrizar de pie. Lo hice una y otra vez, incluso aunque los músculos de mis piernas ardieran de fatiga. Si fallaba, podía romperme el cuello. Aún así, continuaba. No hay miedo en los Sith. El entrenamiento te libera del miedo. La mayor cosa que he aprendido de la tradición Sith es a estar preparado para perder mi vida en cualquier momento.

Cuando era un niño, este era un ejercicio básico que no podía dominar. Sufrí varios golpes en la cabeza y hombros mientras, sin la fuerza necesaria, caía de espaldas. Trataba de acolchar mi caída con las manos.

*Nunca rompas una caída*, habría dicho mi Maestro. *Si estás preparado para romper tu caída, estás preparado para la propia caída. Los Sith no caen. Ellos no fracasan.*

Así que, incapaz de romper la caída, la próxima vez caería de forma más dolorosa que antes. Pronto mi cuerpo estuvo cubierto de moratones.

Mi Maestro diría esto: *No hay dolor donde hay fuerza. Hazlo otra vez.*

Mi cabeza dando vueltas, mis huesos adoloridos, mis piernas temblando, lo haría otra vez. Y otra vez caería.

*No hay dolor donde hay fuerza. ¡Dilo!*

*No hay dolor donde hay fuerza, Maestro.*

*¡Hazlo otra vez!*

Cada parte de mi entrenamiento me preparó, y ahora disfruto de los beneficios de mis esfuerzos. Ahora nunca caigo.

Corro, doy cuatro, cinco, seis pasos por la pared, y doy la voltereta en el aire para aterrizar de pie.

Cuando completé mis ejercicios básicos, mejoré en mi sable láser de doble hoja y maniobras de práctica. Mi cuerpo es tan fuerte como el duracero y tan fluido como el agua. Me muevo de una posición de ataque a otra. Caigo sobre una rodilla y corto con mi sable láser mientras imagino cortar a mi víctima limpiamente. Ruedo y agarro mi sable láser con ambas manos para un barrido vertical. Salto y me retuerzo y vuelvo a bajar, dirigiéndome con mi hombro izquierdo. Doy un golpe mortal y salto alejándome, dando una voltereta en el aire. Hago diez mil cortes, lanzamientos, ataques.

Mi sable láser ya no es un arma separada, sino una parte de mi brazo. Me muevo en el tiempo que le llevaría a mi oponente parpadear. Me muevo en el tiempo que le llevaría alzar su arma. Él sólo vería el espacio donde había estado. Sentiría el shock repentino del golpe que le tiraría al suelo.

Hago esas maniobras cien veces al día. Las hago incluso aunque mi cuerpo las conozca íntimamente, incluso aunque no he cometido un error o dado un mal paso en años. Las hago hasta que el recuerdo del movimiento es parte del propio músculo. La meta de los Sith es luchar sin pensar.

No hay dolor donde hay fuerza.

Termino con una voltereta triple hacia atrás. Mi respiración es ajada, mis músculos están en llamas. Puedes pensar que lo dejaría. Nunca lo dejo. Sólo estoy empezando.

Pero me han dado la señal en mi comunicador. Mi Maestro me llama.

Llevo mi comunicador todo el tiempo, incluso cuando duermo. Estoy preparado para servir en un instante.

Cojo el turboascensor hacia la sala de comunicaciones y estrategia secreta de mi Maestro. Él espera en el centro de la habitación, enfrente de los monitores de holocomunicación.

—Los neimoidianos están contactando conmigo. —Me dice Lord Sidious. Hace un gesto irritado. No depositamos mucha confianza en la información de los neimoidianos. Son útiles, sin embargo. Su característica más importante es su codicia. Podemos explotar eso para nuestros propios fines.

Mi Maestro me ha enseñado que el poder utilizado indirectamente puede ser tan efectivo como un asalto a gran escala. No necesitamos estar en el frente. Podemos contratar a imbéciles para que luchen por nosotros. Mi Maestro controla sus acciones. Gobierna a través del miedo y la intimidación. Nunca fracasa. Un día gobernaremos abiertamente. Pero hasta entonces, utilizaremos a otros para conquistar.

Mi Maestro no ha compartido conmigo cada detalle de su plan, pero ha compartido más de lo normal. Sé que su alianza con la Federación de Comercio es meramente el primer paso hacia su meta más grande.

El pacífico planeta de Naboo está ahora sufriendo bajo un bloqueo. Los neimoidianos que dirigen la Federación de Comercio parecen ser los culpables. Pero es mi Maestro el que manejas los hilos.

El bloqueo será seguido de una invasión. Las naves neimoidianas están llenas de droides de combate y equipamiento. Sólo esperan una señal de Lord Sidious.

Primero, la vulnerable Reina Amidala debe firmar un tratado con la Federación de Comercio. Es mejor si las acciones de la Federación de Comercio tienen al menos la ilusión de la legalidad. Entonces Lord Sidious comenzará a consolidar su poder a través de la galaxia. Su visión va más allá de un insignificante planeta.

Estoy a su lado. Sólo hay dos de los nuestros. Es suficiente, porque somos Lords Sith. Nuestro poder es inconmensurable, nuestro alcance ilimitado.

—Quiero que escuches la transmisión, —continúa mi Maestro, levantándose la capucha para cubrir su cara—. Sin duda han contactado conmigo porque algún ridículo contratiempo les ha hecho entrar en pánico. Permanece fuera de la vista.

Me muevo a un lado.

La imagen del cobarde neimoidiano Dofine llena la pantalla. Lord Sidious le pregunta impacientemente qué quiere.

Dofine balbucea:

—Este plan suyo ha fracasado, Lord Sidious. ¡Este bloqueo ha terminado! No nos atrevemos a ir contra esos Jedi.

Veo a mi Maestro tensarse de rabia. No le gusta ser sorprendido, y los Jedi han entrado en escena antes de lo que pensábamos que lo harían.

Pero percibo una emoción diferente: placer. Eso significa que mi Maestro me llamará a luchar contra ellos. Los neimoidianos no son rivales para los Jedi.

Me digo a mí mismo de controlar mi deseo ansioso. Si mi Maestro lo percibe, me revocará. He sido castigado por mi impaciencia en el pasado. No culpo a Lord Sidious por los castigos… sólo me hicieron más fuerte. Aún así no quiero incitarlos.

Los sollozos de Dofine no alivian la ira de mi Maestro. El imbécil grita que el bloqueo ha terminado. Su pánico le hace estúpido.

Percibo la rabia de mi Maestro estallar. Sólo puedo ver parte de su cara por debajo de la capucha, pero reconozco las señales. Su boca se tensa. Su rabia ahora es como una presencia viva en la habitación. No sólo han sido llamados los Jedi, sino que los neimoidianos están cediendo ante la primera señal de presión.

El desdén de mi Maestro paraliza a Dofine. Él se gira hacia el siguiente neimoidiano al mando, Nute Gunray.

—No quiero a esa babosa aturdida ante mi vista de nuevo, —ordena él. Vimos a Dofine escabullirse como un niño asustado.

Incluso en los conflictos pequeños, veo que tengo mucho que aprender de mi Maestro. Utiliza su rabia como un electro-estimulador, para asustar y motivar. Debo aprender a utilizar mi rabia tan elegantemente como utilizo mi sable láser. La sutileza nunca puede ser sobrevalorada.

Él le dice a los neimoidianos que comiencen con la invasión y no escucha sus protestas. Entonces les ordena matar a los Jedi inmediatamente.

La pantalla se vuelve negra. Lord Sidious no dice nada. Espero antes de hablar. Si interrumpo los pensamientos de mi Maestro, me arrepentiré de ello. Pero la pregunta arde en mis labios, y al final debo hacerla.

—¿Cree que los neimoidianos son capaces de librarse de los Jedi, Maestro? Son imbéciles.

Él asiente lentamente.

—Sí, son imbéciles, —acepta él—. Pero incluso los imbéciles pueden tener suerte.



# ENTRADA DOS



Mi relación con mi Maestro es compleja. Él me domina. Él me ordena y me dirige. Aún así ambos somos Lords Sith, y aunque yo soy su aprendiz comparto algo de su poder. Conforme he crecido, lo mismo ha hecho su confianza en mí. Permanezco a su lado, pero ligeramente atrás, a su sombra.

Estoy contento aquí. Aún tengo mucho que aprender. No en combate, sino en estrategias mayores. Él ve la debilidad y la explota. Él percibe rabia y la inflama. Su visión acoge una galaxia, con su multitud de planetas y gobiernos. La complejidad no le intimida. Puede contenerla en su mente y saber que algún día, lo controlará todo.

Cuando vuelvo a mi sala de entrenamiento, activo un panel para mirar sobre Coruscant. La ciudad se extiende hacia arriba, abajo, y a mi alrededor. Se extiende tan lejos como puedo ver, curvándose en el horizonte.

Este es uno de mis momentos favoritos del día, el último jadeo del sol poniente siendo estrangulado. Resplandores carmesís como manchas de sangre en millones de ventanas y naves metálicas. Las luces de los edificios iluminan el cielo como una docena de lunas. Incluso de noche, Coruscant nunca está a oscuras. El planeta no tiene bosques ni montañas, e incluso sus riachuelos han sido pavimentados y reconstruidos. Es un mundo hecho de una ciudad.

Billones de seres viven en Coruscant en billones de moradas. Aún así es posible tener más privacidad que en un planeta escasamente poblado. Entre millones de seres, hay igual número de formas de mantener el secreto. Mi Maestro Lord Sidious ha creado nuestro refugio, un mundo dentro de un mundo. Alrededor de nosotros está la ciudad, pero aquí somos invisibles.

Fuera entre aquellas luces está el Templo Jedi. Allí los Jedi se sientan a meditar mientras *nosotros* actuamos. Ellos sueñan con una galaxia de justicia y paz. Me hace sonreír pensar en lo que están a punto de enfrentar.

No puedo calmar mi mente ansiosa, pensando. Sé que los neimoidianos fracasarán en matar a los Jedi. Seré llamado al servicio. Toda mi vida he esperado esto.

Pero desear el fracaso de los neimoidianos significa que estoy deseando que una orden de mi Maestro fracase. No me gusta esta contradicción. Roza lo desleal. Pero no puedo evitar sentirlo. Los Jedi son *míos*. Míos para mofarme de ellos, míos para

destruirlos. Quiero que mi Maestro vea que soy un aprendiz digno. Pensaba que había sido puesto a prueba antes. Pero esta es mi auténtica primera prueba. La prueba definitiva.

Entrecierro los ojos, pero el Templo Jedi no es visible desde este punto. Lo imagino en su lugar. Veo una ruina humeante, un caparazón reventado. Los cuerpos de los Caballeros y Maestros Jedi caídos están amontonados a su alrededor. Estoy entre los escombros ante mi Maestro.

*Aquí está lo que he hecho por usted, Maestro.*

*Estoy complacido, Lord Maul.*

Activo el panel, y sus láminas se cierran. Las luces parpadeantes de la ciudad encogiéndose hasta una rendija, entonces desaparecen.

Debo centrar mi mente. Los Jedi están ahí fuera. Me encontraré con ellos algún día, y pronto. No puedo hacer que llegue antes con desearlo.

Siento algo de fatiga y hambre. Eso significa que debo llevar a cabo mi entrenamiento más difícil del día. Presiono mi cuerpo cada vez que puedo. Esto es lo que he aprendido de mi Maestro. Los sucesos no esperan a que estés bien descansado. Debes ser capaz de luchar al máximo de tu control aunque estés carente de sueño y comida.

Es hora de activar los droides asesinos.

Los droides asesinos son una parte necesaria del entrenamiento. Están programados para luchar a muerte. Tienen blásters incorporados en sus pechos y manos. Su precisión es perfecta. Un error de cálculo por mi parte podría ser letal.

Activo tres droides y enciendo mi sable láser de doble hoja. Estoy superado en número, pero los droides asesinos no pueden moverse tan rápido como yo. No pueden saltar, y su flexibilidad no está tan finamente ajustada.

Su armamento lo compensa.

Ellos me rastrean con facilidad en la habitación vacía, sus luces sensoras resplandeciendo. Me encuentro con la primera oleada y la reflejo con mi sable láser, girando en un borrón de movimiento mientras rastreo el siguiente disparo de bláster y me encuentro con él. Puedo sentir el poder del lado oscuro. La agresión lo alimenta. La oscuridad palpita furiosamente, latiendo en mis músculos, haciéndome despiadado y eficiente.

Esto es lo que amo: la sensación del lado oscuro de la Fuerza pulsando, creciendo, hasta que el aire chisporrotea con la carga. Es la carga de sangre y dolor y rabia. *Yo* la controlo. *Yo* la manipulo. Sólo me hace más fuerte.

Los droides asesinos están programados para utilizar complicadas estrategias de combate. Intentan una maniobra de flanqueo, pero salto sobre ellos, el lado oscuro alimentando cada músculo, y llego a ellos desde atrás. Destruyo el primer droide mientras el segundo y el tercero se giran y disparan.

Ya estoy a un milímetro, escapando del fuego y girando para dar un golpe cortante al segundo droide. Cae, sus luces sensoras aún resplandeciendo. Entierro el otro extremo de mi sable láser en su panel de control. Deja salir un chirrido de protesta que suena casi

humano. El humo se levanta y yo lo respiro. Es el olor del Templo Jedi ardiendo. El placer de la destrucción hace que mi sangre palpite.

El tercer droide gira. En lugar de venir a mí directamente, gira hacia la derecha. Siento un sobresalto de sorpresa. Es una maniobra nueva. Los droides son reprogramados continuamente.

La maniobra y la sorpresa me complacen. Doy una voltereta hacia atrás mientras el disparo del bláster vuela sobre mi cabeza.

Desafío. Esa es la piedra angular del entrenamiento Sith. Lord Sidious me mantiene desequilibrado.

Esta misión me desafiará. Él me dijo eso. No debo asumir que los Jedi serán fáciles de derrotar. Debo recordar el poder que el lado oscuro me dará. Debo ser confiado, y debo estar preparado.

Muchas veces en el pasado, Lord Sidious me encargaba mis tareas a realizar sin decirme el motivo de por qué. Pero ahora mi Maestro me incluye en las comunicaciones con los neimoidianos. Esto debe significar que ha llegado a confiar en mí completamente. Ha llegado a ver lo valioso que soy.

El disparo de bláster está cerca, más cerca de lo que me habría gustado. Puedo sentir el calor en la manga de mi túnica. Huelo el material chamuscado. El droide asesino de repente ha dado una voltereta lateral y me ha apuntado desde el pecho. He sido distraído.

La rabia crece en mi interior, lo cual es bueno. La oscuridad crepita y ruge. Me retuerzo en el aire, mi sable láser girando, revolviéndose. Su equilibrio es perfecto en mi mano. Golpeo con fuerza al flanco izquierdo del droide. Siento el poder del movimiento reverberar hasta mi hombro. Me congratula. El otro golpe a la derecha llega una fracción de segundos después, tan cerca que un observador no habría sido capaz de decir qué golpe llegó primero. Sólo verían al droide sin brazos tambalearse, su mecanismo de equilibrio interno destruido.

Es una tarea fácil cortarle la cabeza. El droide cae al suelo, ahora un montón inútil de metal humeante. Lo pateo fuera del camino con una sonrisa, mi sable láser sujeto vagamente entre mis dedos. Un día veré a un Jedi a mis pies justo así.

De repente, mi sable láser desaparece. Vuela desde mi mano por la habitación. Aterriza en la mano de mi Maestro.

Nunca le veo entrar. No si no quiere que le vea.

La sonrisa de triunfo se desvanece de mi cara.

—¿Crees, —dice Lord Sidious, caminando hacia mí—, que puedes bajar la guardia alguna vez?

—No, Maestro. —Qué error torpe, débil. Debía estar preparado para que él entrara en cada momento. ¿Cómo podía haber olvidado eso, siquiera por un momento?

El sable láser rueda por el aire, girando, desde la mano de mi Maestro. No puedo seguirle el rastro, se mueve muy rápido. Pero sé que se dirige hacia mí.

Lord Sidious se mueve más rápido de lo que mis ojos pueden seguir. Huelo el calor y el humo. El láser traza el perfil de mi cuerpo, mi cara, mis manos. El zumbido es fuerte en mis oídos. Un flaquear, un retorcer involuntario de un músculo, y estoy muerto.

No flaqueo.

Al fin, Lord Sidious desactiva mi arma. Me la lanza. El sudor en mi palma casi hace que se me caiga.

—Que no vuelva a verte bajar la guardia de nuevo, —dice mi Maestro—. Sus ojos arden. —Eres valioso, sí. Pero no eres imprescindible, Lord Maul. Puedo seguir sin ti.

Un movimiento de su túnica, y se va.

Siento los músculos de mi pierna estremecerse mientras me agacho. Respiro lentamente, dentro y fuera, hasta que estoy calmado de nuevo. Tiene razón. No dejaré que ocurra de nuevo.

Es culpa de los Jedi que le fallara a mi Maestro. Imaginé a un Jedi a mis pies, y me permití ser distraído. Ahora concentro mi mente en los Jedi, canalizando y odio y rabia hacia una espada dirigida hacia ellos. El odio es un lugar duro, frío, aún así arde. Son mis enemigos, y los derrotaré porque soy mejor, más fuerte, y más listo. Tengo armas que ellos no tienen. Tengo mi rabia. Y mi arma más importante: no tengo piedad.

Recuerdo una de las primeras lecciones que mi Maestro me enseñó sobre los Jedi:

*No subestimes a los Jedi. Aunque tengan un defecto fatal, son formidables.*

*¿Cuál es su defecto fatal, Maestro?*

*La Compasión.*



# ENTRADA TRES



No siempre he vivido aquí. Mi Maestro me ha dicho que vengo de Iridonia. Ese mundo no significa nada para mí. No tengo curiosidad por mi planeta natal. Podría viajar allí para ver de dónde he venido, ¿pero qué sentido tendría? Estoy interesado en lo que soy, y en lo que me convertiré. Mi vida antes de que fuera un Sith no tiene importancia.

¿Cuál era mi nombre? No lo sé. No importa. Mi antiguo nombre representa una muerte, no una vida. Morí y nací en los Sith. Fui encontrado por mi Maestro y llevado de bebé. Mis padres podrían haberme buscado. Pero nadie en la galaxia puede rastrear a un Sith que no quiere ser encontrado. Estaban desamparados.

Otra lección de mi Maestro:

*Los sentimientos de los desamparados no importan.*

*Los sentimientos de aquellos con poder pueden ser explotados.*

Mi Maestro me salvó. Sin él, habría sido un ser superior atrapado en una vida ordinaria. Él reconoció incluso entonces el poder latente en el interior, la furia que me elevaba sobre todos los otros, incluso como un niño pequeño. Me mostró cómo el lado oscuro hace florecer y crecer a ese poder. Rozar la rabia y la agresión nos alimenta. Algún día moleré ese hecho en las caras sorprendidas de los Jedi.

Nuestra tradición es rica y profunda. Los Sith son una orden casi tan antigua como los Jedi. Nuestro fundador fue un Caballero Jedi que vio la verdad… sabía que ignorar el lado oscuro de la Fuerza era estúpido. Abrazarlo era la clave para el poder. El Consejo no tenía su visión. Cruelmente, le desterraron.

Él no se escabulló como un ladrón. Inició la orden Sith y persuadió a otros de que se unieran. Planeó construir una orden que desafiaría al propio Templo. No le llevó mucho a los otros ver su sabiduría y dejar el Templo para unirse a él.

Fue un comienzo glorioso. El único error que cometieron los Sith en los primeros años fue que permitieron que sus miembros se volvieran *demasiado* poderosos, *demasiado* astutos. Cuando basas una orden en la idea de la dominación suprema, creas problemas. Los Lords Sith tramaron los unos contra los otros. Finalmente, se destruyeron los unos a los otros.

Pero el último Sith fue el más listo de todos. Fue él el que diseñó la brillante estrategia que nos ha mantenido en secreto durante mil años y nos ha permitido crecer a la sombra del lado oscuro.

La genialidad de la estrategia era su simplicidad. *Sólo dos*. Sólo se permite existir a dos Sith a la vez: Maestro y aprendiz.

Es debido a nuestra fuerza que podemos hacer esto. No necesitamos un Templo lleno de mocosos que criar y entrenar. No necesitamos un Consejo lleno de debatientes gimoteando. No necesitamos un cuerpo de Caballeros para meter sus narices en asuntos que no les conciernen sólo para inflar sus propios egos. Dos de nosotros son suficientes.

Mis primeros recuerdos son de mi Maestro. Aprendí disciplina tan pronto aprendí a caminar. Si mi Maestro me privaba de comida o refugio para entrenarme, siempre era una lección de gran valor. Si era confinado, si era ignorado, si sufría, no importa. Un niño llora cuando su tripa está vacía, cuando escucha un carro de comida claquetear junto a su puerta, huele su cena, y aún así el carro de comida pasa de largo. No entiende que este dolor le hace más fuerte.

*Un castigo es una lección, joven Maul. Apréndela bien.*

Pronto aprendí a no llorar.

Aquí hay un ejemplo del bien que me hicieron mis castigos. Era un niño pequeño, no mayor que las caderas de mi Maestro. A menudo era llevado a un planeta desolado para ejercicios al aire libre. Allí aprendía a cómo utilizar el lado oscuro de la Fuerza. Una vez durante mi entrenamiento en un campo desolado, un dinko me sorprendió. Es una criatura desagradable, del tamaño de la palma de la mano con colmillos afilados y una predisposición agresiva. Sus garras rascadoras gemelas son famosas por agarrarse a un dedo o nariz de la víctima y no dejarlas ir.

Los dinko secretan un veneno hediondo cuando se asustan. Cuando me crucé con él, flaqueé, y el veneno chorreó contra mi cara, hiriendo mis ojos. Aullé, entonces lo aplasté con mi bota. Miré a mi Maestro, complacido ante mi coraje.

—Flaqueaste, —dijo él—. ¿Tenías miedo del dinko?

—Sí, Maestro, —respondí—. Pero controlé mi miedo. —Dije esto con la seguridad del niño que era. Mi Maestro asintió, pero yo sabía que estaba descontento.

Sabía que llegaría un castigo. Aún así esa noche comí mi comida habitual. No fui confinado en el traje de privación sensorial. No fui forzado a dormir en el duro suelo. La calefacción no fue apagada.

Fue lo mismo al día siguiente, y al siguiente. Nada perturbaba mi rutina. Finalmente me olvidé del accidente. Era joven.

Entonces una noche tras un día particularmente exhaustivo fui a mi cuarto. Mi puerta siseó al cerrarse. Me desvestí en la oscuridad y retiré la cubierta de mi cama. Un dinko saltó directamente hacia mí.

Sorprendido, lo bateé lejos, pero fallé cuando traté de aplastarlo. Vacilé, temiendo que sus garras destrozaran mi pie desnudo. Entonces otro dinko saltó de una esquina. Entonces otro. Y otro. La habitación estaba llena de ellos.

Frenético, corrí hacia la puerta. No se abría. Las luces no funcionaban. En la oscuridad un dinko saltó a mi hombro y hundió sus garras en mi oreja. Otro aterrizó en un pulgar del pie. Grité y chillé, tratando de librarme de ellos. El veneno me cegaba. Salté contra las paredes, tratando de aplastarlos. El hedor de su veneno revolvió mi estómago.

Me llevó un tiempo matarlos a todos. A la mañana mi puerta se abrió y mi Maestro estaba allí. Vio mi piel inflamada, mis ojos hinchados, mis manos y pies sangrientos. El hedor de mi habitación voló hacia él.

—No flaquees de nuevo, —dijo él.

*El castigo es una lección*. Mi Lord Sidious me enseñó bien. No podía haber mejor maestro. Mira el resultado… mi cuerpo es duro, y mi mente es aún más dura.

*Siempre recuerda, mi aprendiz: La rabia es una cosa viva. Aliméntala y crecerá.*

Aprendí a ver a través de los ojos de mi Maestro. Él me mostró la galaxia y me la explicó en términos de poder: quién lo tenía, quién no. Me mostró que los vastos recursos estaban allí para cogerlos. Las preocupaciones de la mayoría de seres son insignificantes. La comida y el refugio no son nada. El amor o la devoción a un compañero, un mundo, o a una causa no sólo es una distracción sino un peligro, ya que puede ser utilizado en tu contra. He visto a mi Maestro utilizar esa debilidad en los otros para su propio fin. ¿Sabes que hay algunos dispuestos a morir por alguien a quien aman? Desconcertante.

Yo estoy dispuesto a morir por mi Maestro, por supuesto. Pero él no es sólo un ser. Él es una tradición, una herencia, un ideal. Algún día yo seré Maestro y tendré a mi propio aprendiz. Él estará dispuesto a morir por mí.

Estoy preparado para el honor que mi destino escoja para mostrarme. Si mi Maestro no sobrevive a esta misión, tomaré el rol de Maestro y encontraré a mi propio aprendiz. Estoy preparado.

Por supuesto sobrevivirá. Pero si no lo hace, no me encogeré ante la tarea de lograr la misma grandeza. He entrenado toda mi vida para ello.

El siguiente contacto de los neimoidianos no tarda mucho en llegar. Cuando mi Maestro me convoca, tiene una mirada de irritación en su cara. Se pone su túnica con capucha. Nadie salvo yo puede saber su identidad.

Recuerda; Maul: Lo que se hace en secreto tiene un gran poder.

—Permanece en el fondo, —me ordena Lord Sidious—. Puede que te necesite. Quién sabe lo que esas babosas neimoidianas han logrado fastidiar esta vez.

Él convoca la nave. Yo me quedo fuera del alcance del dispositivo de holograma. Mi corazón late más rápido. ¿Han tenido éxito los neimoidianos en matar a los embajadores Jedi?

Nute empieza con las buenas noticias.

*Aquellos que te sirven siempre empiezan con buenas noticias. No te ciegues por su auto-adulación. Cuanto más parlotean, más tratan de cubrir sus errores.*

Nute le cuenta a mi Maestro sobre los éxitos de la Federación de Comercio. Controlan las ciudades al norte y oeste de Naboo. Miles han sido rodeados. Están buscando asentamientos que puedan tener grupos de resistencia, pero esos grupos son aislados y pequeños. Nute se infla con su éxito, pero sus ojos se mueven nerviosos. Cuando dominas mediante el miedo, llegas a reconocer los síntomas.

Lord Sidious le ordena destruir a todos los oficiales de alto rango silenciosamente. Entonces le pregunta si la Reina Amidala ha firmado el tratado.

Hay una fracción de duda antes de que Nute responda. Reconozco la señal de una reluctancia subyacente a dar malas noticias. Mi Maestro espera, sin decir nada.

La Reina Amidala ha desaparecido. Su nave ha pasado el bloqueo.

Estas son peores noticias de las que esperábamos. ¿Cómo pueden haber fastidiado los neimoidianos un trabajo tan fácil?

—¡Quiero ese tratado firmado! —grita mi Maestro.

Imposible, protesta Nute, sus ojos vidriosos de miedo. La nave está bien fuera de su alcance…

Mi Maestro se controla. Es hora de dirigir la situación, encontrar una solución.

—No para un Sith, —responde mi Maestro.

Sí, no para un Sith. Él me hace una señal, y yo doy un paso al frente. Lord Sidious le dice a los neimoidianos mi nombre, y que yo encontraré la nave perdida.

Veo la mirada de sorpresa y desesperación en las horrendas caras de Nute y su oficial Rune Haako. Tratan de ocultarlo, pero nada puede ocultársele a un Sith.

Los seres inferiores pueden consolidar tu poder por ti, y a veces, pueden entretenerte. Nute y Rune miran mis marcas de guerrero y mis cuernos, y tratan de no retroceder de la imagen. Les doy mi mirada más feroz. Una apariencia salvaje puede meter el miedo en los corazones de los débiles. No tienes que decir ni una palabra.

Nute mira de Darth Sidious hacia mí.

*Sí, imbéciles. Hay dos de los nuestros.*

Mi Maestro corta la transmisión.

—Esos incompetentes han actuado peor que mis peores expectativas, —me dice—. La Reina Amidala *debe* firmar ese tratado. —Su cara está contraída con ira—. Los Jedi están detrás de esto, por supuesto. Se están convirtiendo en una molestia y deben ser eliminados. Encuéntralos.

He estado esperando este momento.

—Los encontraré, Maestro, —le dijo—. No fracasaré.



# ENTRADA CUATRO



Encontrar a los Jedi y a la Reina Amidala en una vasta galaxia no me preocupaba.

Los Sith tienen muchos métodos de rastreo, algunos de los cuales no puedo revelar, incluso en mi propio diario. Rutas de conexión, instinto, lógica, sobornos, nuestra propia brillantez… nuestros recursos son muchos. Nuestro alcance es tan vasto como la galaxia. Mi Maestro me ha demostrado una y otra vez que no hay nada lo suficientemente pequeño como para escapar de su consciencia, ningún sistema lo suficientemente lejano como para estar fuera de su alcance, ninguna nave que no pudiera ser encontrada si tenías la paciencia y la astucia como para buscar.

No nos llevó mucho acotar la búsqueda a un pequeño planeta en los Territorios del Borde Exterior: Tatooine. No llevará mucho encontrar las coordenadas precisas del lugar de aterrizaje. Están en nuestras garras

Lord Sidious me convoca, y voy a su lado. Juntos miramos sobre las luces de Coruscant. Sé que mi Maestro siente la misma euforia que yo.

Ha planeado cuidadosamente, paso a paso. Cautela. Artimañas. Subterfugio. Motivos ocultos, actos secretos. He observado a mi Maestro utilizar todo eso para llegar a este punto. Ahora al fin no tendremos necesidad de ocultar nuestro poder.

—Han aceptado una comunicación de Sio Bibble, —me dice Lord Sidious—. No la han respondido. Pero podemos estar razonablemente seguros de que aún están en Tatooine.

—Tatooine está escasamente poblado. Si el rastro es correcto, los encontraré rápido, Maestro.

Lord Sidious me dice que he sido bien entrenado, y que los Jedi no son rivales para mí. Aunque ya lo sé, me gratifica escucharlo. Mi Maestro no me elogia a menudo.

—Al fin nos revelaremos ante los Jedi, —digo—. Al fin tendremos venganza.

—Es demasiado tarde como para que nos detengan ahora, —está de acuerdo mi Maestro, su voz suave. Puedo percibir la fuerza ondearse bajo la vibración, la crueldad, el duro propósito que inflama la mía propia—. Todo va como estaba planeado. —Continúa él, sus ojos sobre la vasta ciudad—. La República pronto estará bajo mi control.

Y mío, Maestro. Ya que yo permanezco a tu lado.

Dejo a mi Maestro y me doy prisa hacia la plataforma de aterrizaje oculta. Mi transporte siempre está preparado.

Mi Infiltrador Sith no es un navío grande, pero tiene un hipermotor poderoso. El tiempo es crucial ahora. Estamos bastante seguros de que la nave de la Reina recibió ciertos daños mientras escapaba del bloqueo. No puede haber otro motivo para aterrizar en un planeta tan desolado del Borde Exterior. Sugiero que la Reina Amidala estará escondida mientras planea retomar su planeta, pero Lord Sidious sacude su cabeza.

—Ella no es tan valiente, —dijo él—. Aún confía en el poder del Senado. No, no es por eso por lo que han aterrizado en Tatooine. Y el motivo no te concierne. Simplemente encuéntralos.

Cuando salgo del hiperespacio, capto una señal de emergencia de una nave cercana. La ignoro. Siempre ignoro las señales de emergencia. ¿Qué son los insignificantes problemas de los otros en comparación a mi misión?

Pronto puedo ver la nave en mi monitor. Es un crucero espacial pequeño varado en una carretera de naves. La señal de emergencia se vuelve más frenética mientras la paso de largo. Alguien ruega ayuda. Deja que los Jedi vengan en ayuda de naves patéticas. Los Sith tienen tareas más importantes.

De repente, un gran carguero sale del hiperespacio. Al principio supongo que está viniendo en ayuda de la nave varada. Pero para mi sorpresa, la nave varada de repente rueda y se dirige directa hacia mí, el carguero maniobrando en posición al otro lado. Me rodean en un movimiento en pinza. Los paneles se deslizan hacia atrás, y veo que el carguero de aspecto inocente está equipado con torpedos de protones.

Entonces lo entiendo. Piratas. Piratas togorianos, lo más probable. Los más fieros e implacables en la galaxia.

Golpeo la consola con mi puño. ¡Imbécil! Debería haber estado en guardia. ¿Cómo puedo haberme quedado abierto así? Me han rodeado.

Ahora que me han visto, debo matarles. La misión es demasiado importante como para tener testigos.

Pruebo una serie de maniobras para deslizarme entre ellos o a su alrededor. El carguero rápidamente vira para cortarme el camino. El crucero persigue mi flanco. Los togorianos son pilotos expertos. Una persecución o una activación tardía de la capa sólo atraerían más la atención.

Nada es motivo suficiente para el fracaso.

Todos esos cálculos pasan por mi mente en breves segundos mientras la primera nave me dispara. He puesto los escudos reflectores, pero el golpe sacude la nave

alarmantemente. Tienen armas poderosas. Estoy seguro de que el disparo era una advertencia.

Sólo hay un recurso.

Corto la energía. La nave se para, encallada. Apago los escudos reflectores.

Es un ligero riesgo, pero rara vez me equivoco. El siguiente disparo de los torpedos de protones podía convertirnos a mí y a la nave en polvo espacial. Espero, retirándome hacia el puente para que no puedan verme, incluso con los electrotelescopios. Los imbéciles están probablemente confundidos y alerta.

La nave señuelo más pequeña se dirige hacia mí. Sin duda pretenden abordar mi nave y matar a todos a bordo. Ellos no han disparado otra vez porque quieren mi nave, también. El Infiltrador Sith es impresionante. No han visto nada como esto antes.

La irritación corre a través de mí por esta interrupción. Yo los derrotaré, pero llevará tiempo.

Corro a la parte trasera de la nave. Activo la liberación de la vaina de escape y trepo dentro. La vaina es más pequeña que la mayoría. Apenas hay sitio suficiente para mí.

Espero hasta que veo la nave pirata aproximarse. Entonces deslizo la liberación y voy a la deriva hacia el espacio. Mantengo el motor en baja energía y toco el casco.

Cuando estoy seguro de que todos los piratas han abordado, despego, cuidadosamente manteniendo mi nave entre mí y el carguero. El carguero se ha acercado, codiciosamente esperando el resultado. Creen que aquellos a bordo están preparados para rendirse.

Podía escapar de ellos fácilmente y pilotar la vaina hasta Tatooine. Pero no rendiré mi nave.

Me dirijo a la nave pirata, directamente hacia el corazón de mi enemigo. Una nave de piratas espaciales no es rival para mí. Les meteré su codicia por sus gargantas.

Vivirán para arrepentirse de atacar a un Sith.



# ENTRADA CINCO

Dirijo mi navío alrededor del casco del carguero. Esas naves no están hechas para una velocidad ágil. Son básicamente cajas con hipermotores. Esta nave es más fea que la mayoría. Está cubierta de mugre y polvo espacial. El casco está maltrecho y marcado con fuego de cañón.

La plataforma de amarre está abierta, sin duda en preparación para recibir mi nave capturada. Vuelo hacia la apertura y aterrizo. La plataforma de amarre se ve peor que el exterior de la nave. Contra las paredes hay contenedores de metal apilados que esparcen sus contenidos al suelo sucio. Hay partes de repuesto simplemente en pilas grasientas. Los restos de comida están dispersos por alrededor, como si los piratas tiraran los huesos y la comida cuando han acabado. Las luces sólo están a media potencia, dejando las esquinas en sombras profundas.

Mi Maestro me dijo una vez que los codiciosos son los primeros en economizar. Nunca se equivocó.

Sólo hay dos piratas en la plataforma de amarre. Los togorianos son seres altos de gran fuerza, cubiertos de pelo que los piratas llevan largo y moteado. Sus garras son feroces y afiladas. Los piratas utilizan sus garras para abrir cajas para ver qué hay dentro. Cuando oyen mi nave, alzan la mirada, entonces vuelven a mirar debajo de nuevo. Suponen que un compañero pirata ha aterrizado la vaina.

Qué estupidez. Esto será demasiado fácil.

Registro todo esto, pero no veo seres como los otros. Bajo circunstancias normales, apenas registro otras criaturas vivas, a no ser que sean amenazas u obstáculos. Cuando voy a la batalla dejan de ser seres vivos del todo. Se convierten en objetivos.

Abro la escotilla y salto fuera de la vaina para cargar hacia ellos, mi sable láser activado. Los objetivos se quedan helados por un instante, pero entonces se mueven rápido. Rugiendo y escupiendo, agarran armas de una pila junto a ellos. Los cretinos torpes no utilizan la estrategia; simplemente corren hacia mí como bárbaros, uno con una vibroespada, el otro con una vibrohacha. El del hacha es torpe. El otro favorece su lado izquierdo.

Veo todo esto mientras salto. En la parte superior de mi arco, mi sable láser alto en el aire. Giro ligeramente para atacar al primer pirata desde su lateral derecho. Cuando el

sable láser baja sobre su hombro, tiene toda la fuerza de mi cuerpo tras el golpe. Cae con un gruñido de sorpresa, su brazo y vibroespada chocando contra el suelo. Doy otro golpe, perforando su pecho, y él se queda quieto.

Me aparto mientras el segundo pirata maneja su vibrohacha. Soy fluido como el agua y me deslizo a través de su apertura como una brisa. Él me gruñe con frustración ante su incapacidad para tocarme. Este pirata es más grande que el primero, más alto que yo. Su piel desprende un olor rancio, amargo.

Entonces él me sorprende. En lugar de venir hacia mí, rueda y corre. Me doy cuenta rápidamente de que se dirige hacia la estación de comunicación cerca de la puerta. No puedo permitirlo. No puedo permitir que alerte a toda la nave de mi presencia.

*Muévete en secreto, cuando puedas. El golpe en la oscuridad es el golpe mortal.*

Atraigo el poder del lado oscuro. Lo concentro hacia el pirata. Le lanza volando más allá de la estación. Golpea la pared con un golpe seco.

Se gira, tambaleándose, y me ruge con ira. Entonces carga hacia mí. Estoy esperándolo, por supuesto. Espero a que su impulso le haga torpe mientras comienza su golpe un momento demasiado rápido. Es fácil para mí evadir el golpe. Cuando él se tambalea, me aparto, mi sable láser girando, y limpiamente corto su mano de su muñeca. Sus ojos bien abiertos con sorpresa mientras baja la mirada hacia el lugar vacío donde su mano estuvo una vez. Entonces siente el dolor.

El aullido es destrozador de oídos. Tengo que ocuparme de él rápido. Un lado de mi sable láser corta su cuello. El otro le golpea mientras choca contra sus rodillas, entonces cae, muerto.

Los objetivos han sido eliminados, y ni siquiera estoy respirando con dificultad.

Corro hacia el puente por pasillos sucios llenos de bienes descartados. No me encuentro con nadie. Las naves pirata no están abarrotadas. Los togorianos son famosos por su naturaleza agresiva. Si demasiados están a bordo de una nave, estallan las peleas. No tienen disciplina. Sólo avaricia.

Me detengo justo fuera de la apertura al puente. Me he movido tan silenciosamente que nadie me oye aproximarme. Cuando estoy en modo de ataque, no soy más que una sombra.

El puente está aún más abarrotado que la plataforma de amarre. A través de la tenue luz veo cajas descartadas, sus contenidos tirados por el suelo. Objetos que los piratas no consideraban lo suficientemente valiosos como para echarle las garras: Tablas de consola, ropa, herramientas de supervivencia. Balanceando en las cadenas por encima en una decoración horripilante hay jaulas gigantes llenas de criaturas que abren su boca hacia mí, con los ojos salvajes. Me doy cuenta de que han sido disecados, sus expresiones congeladas en el momento de sus muertes. Veo sorpresa, horror, dolor, ira.

Si tan solo hubiera un par de Jedi entre ellos.

Esta vez hay cuatro objetivos. Puedo olerlos así como verlos. Los togorianos están mirando intensamente la consola, donde un pirata de aspecto feroz está informando desde mi nave. Su pelaje está elaboradamente trenzado y ornamentado con objetos brillantes.

Uno de los togorianos parece ser el capitán. Lleva un collar de cráneos de varios seres. Espero, escuchando.

—¡Te lo digo, no hay nadie a bordo! —Grita enfadado el pirata en pantalla—. Por supuesto que hemos buscado compartimentos ocultos, ¡no somos imbéciles! Es una nave sin tripular. La ruta estaba fijada para Tatooine. Es por lo que no respondió a la señal de emergencia. ¿Has visto alguna vez una nave como esta? ¡Yo no!

El togoriano al mando parece estar pensando.

—Está bien, idiota, —gruñe finalmente.

—Trae ambas naves a la plataforma de carga. La bodega aún está abierta. Si encuentras algún pasajero, mátalo.

Corta la comunicación. Uno de los otros piratas se gira hacia él.

—Hela-Tan es un imbécil, —murmura en el gruñido bajo togoriano—. Pueden estar escondidos.

—Entonces los encontraremos, —responde el otro.

—O podrían haber escapado, —dice un tercer pirata.

—Cierra tu ondulante boca. ¿Qué diferencia hay? Tenemos la nave. —El capitán togoriano se gira, despreocupado.

Esa es mi señal. Todo en el puente se desvanece a gris… las pantallas, consolas, jaulas, contenedores abiertos, comida desechada. Sólo son obstáculos u objetos para ser utilizados, fondos para mis objetivos. Incluso mientras los piratas han estado hablando, mi mente ha estado trazando una estrategia. Me moveré sin pensar, mataré sin piedad. Y lo haré más rápido de lo que esos torpes togorianos pueden coger aliento.

Estoy en la habitación y me he librado del primer objetivo antes de que los otros se percaten siquiera de mi presencia. Cae sin un grito, la víctima de un barrido desde el techo hasta el suelo desde mi sable láser que le corta en dos.

El golpe de su enorme cuerpo golpeando el suelo alerta a los otros. El capitán se gira y me ve. Rugiendo, muestra sus colmillos.

—Prepárate para morir, escoria, —grita él, extendiendo el brazo y levantándose con una vibrohacha a cada mano.

Lo siento, cretino. No estoy impresionado. ¿Por qué mis oponentes anuncian sus intenciones con amenazas y provocaciones? ¿De verdad creen que pueden intimidarme? Nunca hablo en un combate. Es un desperdicio de energía. Prefiero concentrarme en el gozo de matar.

Ignoro al capitán de momento. Está a varios pasos de distancia, y puedo lograr mucho en un par de pasos. Le dejaré para el último. Le dejaré ver lo que hago a su tripulación. Ya estoy dando la voltereta en el aire para abatir al segundo pirata. El lado oscuro me impulsa por el puente, y yo pateo al objetivo en su tráquea, mandándole volando de espaldas. Hace un sonido de atragantamiento, incapaz de gritar, y veo el miedo en sus ojos. Manda una descarga de placer a través de mí. Nunca se ha enfrentado a un oponente como yo antes. Le doy un golpe fatal en el pecho con el sable láser, y él cae.

Veo su fuerza vital fluir, y el lado oscuro estaba en mi interior, pulsando, llenándome. Mi agresividad se alimente de ella ansiosa, y me muevo aún más rápido, aún más eficientemente, sin cometer ni un error. Cargo hacia el tercer pirata con tal ferocidad que es incapaz de combatir contra mí. Balancea su vibroespada, pero meramente ventila el aire mientras corta ineficientemente. Contraataco sus movimientos antes de que pueda siquiera lograr seguirlos. Entonces mi sable láser le corta.

El lado oscuro me alerta de que el capitán está apuntando a mi espalda. Tratará de aplastarme con un barrido de cada mano, esperando cortarme en dos.

Salto, de nuevo utilizando el lado oscuro para añadir velocidad y distancia. Navego bien alto sobre su cabeza y me agarro a una de las jaulas con una mano. Utilizo el impulso para balancearme más allá del capitán. Lo dejo ir, hago una inversa en medio del aire, y aterrizo tras él. He hecho esto tan rápido que sus dos vibrohachas están ahora encontrándose donde mi cuerpo estaba antes. Se enredan, emitiendo un sonido de chirrido que manda humo en espiral hacia arriba. La jaula sobre nosotros se balancea alocada, mandando sombras grotescas por el suelo. El capitán ruge frustrado.

Mi salto me ha hecho aterrizar tras él y ligeramente hacia la izquierda. Es mi ángulo favorito de ataque, aunque por supuesto soy invencible desde cualquier posición. Él gira para enfrentarse a mí, ya balanceando sus vibrohachas. Se encuentran con la empuñadura de mi sable láser. El humo se levanta, y siento la fuerza del pirata estremecerse por mi brazo hasta mi hombro. Me gusta un buen adversario.

Pero no tengo tiempo para jugar con este. Doy una voltereta hacia atrás e invierto la dirección, viniendo al capitán desde la derecha. Corto su brazo, dejándolo inútil. Se cuelga a su lado, y la vibrohacha cae al suelo con un golpe seco.

Mi golpe le ha cabreado. Sus ojos están llenos de dolor. Noto esto con alegría y ataco, mi sable láser un borrón de rojo. Él esquiva un golpe, recibe el siguiente, grita. Me muevo para matarle. Mi sangre palpita en mis oídos, se mezcla con la sangre que he derramado. Mi sable láser zumba con mi golpe mortal, un barrido vertical a través del pecho.

En unos segundos, está en el suelo, sus ojos muertos mirando sorprendidos.

La unidad de comunicación cruje.

—Aproximándonos a la plataforma de amarre.

Me giro y corro hacia la unidad. No activo el monitor visual, pero hablo claramente por la unidad de comunicación.

—Proceded al puente.

Entonces me pongo a trabajar. Mi entrenamiento Sith fue extensivo. Mi Maestro no sólo se preocupaba por mi perfección física e intelectual, sino también por mis habilidades mecánicas. Muchas veces mis conocimientos de motores de naves estelares y diversos dispositivos de comunicaciones y armas han sido útiles.

Esta es una de esas veces. Sólo me lleva un par de segundos entrelazar las unidades de propulsión con los torpedos de protones.

En otras palabras, tan pronto se encienda el motor, la nave explotará. Los togorianos siempre abandonan la escena inmediatamente para evitar la captura. No creo que las muertes de sus compañeros piratas les frenen. Los piratas que vuelvan lo más probable es que piensen que los otros se han matado los unos a los otros en una pelea. No es un suceso poco habitual entre los piratas.

Corro hacia la plataforma de amarre, esperando evitar el contacto con los piratas que se dirigen hacia el puente. No es que no pueda abatirles, pero el tiempo es esencial ahora. Debo subir a bordo de mi nave y estar bien lejos cuando la nave explote.

Por supuesto, podría abordar mi nave y despegar hacia Tatooine sin destruir la nave togoriana, pero no me gusta dejar a aquellos que me atacan en pie, sin importar la prisa que pueda tener. Y las órdenes de mi Maestro son estrictas: No llames la atención. Nadie debe saber de la existencia de los Sith.

Logro llegar a la plataforma de amarre sin ser visto.

Tengo que agacharme en un pasillo lateral mientras los piratas se tambalean junto a mí, dirigiéndose hacia el puente, ya discutiendo por la división de las ganancias.

Corro hacia la plataforma abarrotada. Inmediatamente veo la forma esbelta del Infiltrador junto al gran crucero espacial. Tendré que dejar atrás mi vaina de escape. Es desafortunado, pero no puedo tomarme el tiempo de cargarla.

La rampa está bajada, y corro hacia arriba y salto dentro. Casi choco con un pirata que se había quedado atrás… el togoriano con los objetos brillantes entrelazados en su pelaje.

He subestimado la codicia del pirata. Por supuesto se quedaría atrás para coger lo mejor que pudiera para sí mismo. Sus manos están llenas de los créditos que guardo para emergencias. Puedo ver un saco a sus pies abultado, sin duda con los cristales que guardo para los mundos que no aceptan créditos.

Él está tan sorprendido como yo. Veo ahora que los objetos entrelazados en su pelo son navajas afiladas. Me doy cuenta de que podrían servir de armas eficientes en una pelea cuerpo a cuerpo. Todo lo que el togoriano tendría que hacer es caer sobre alguien para cortarle hasta las costillas.

Activo mi sable láser. Con una sonrisa, deja caer los créditos y coge su vibrohacha del cinturón.

—Ahí estás, —dice él, lamiéndose los labios con una gruesa lengua morada—. ¿Crees que puedes escapar de mí? Piénsatelo otra vez. Terminaré el trabajo.

Ahí están esas provocaciones otra vez. No siento miedo. Pero sí siento irritación. El resto de los piratas deberían estar en el puente ahora. En cualquier momento encenderán los motores. Este contratiempo me está poniendo en un riesgo innecesario.

Estamos cerca. Necesito deshacerme de él rápidamente. Es grande, más grande que los otros, y más fuerte.

Ruedo en un arco y voy hacia su pecho, pero él es ágil y esquiva el ataque. Falla mi hombro por muy poco con su vibrohacha. Choca en la consola. Esto no servirá. Necesito

una nave que funcione. Salto tras él y doy la voltereta bajando de la rampa, justo fuera del alcance de su vibrohacha. Suena mientras golpe la rampa.

Me giro para el ataque, lanzándome hacia él mientras salta al suelo. Este togoriano enorme se mueve bien. Sacude su pelaje, mandando destellos de luz a mis ojos. Momentáneamente mareado, pierdo la concentración. Estoy en mitad de un barrido vertical cuando él gira, rueda, gruñe, y viene hacia mí desde el otro lado. Yo salto lejos, pero la vibrohacha me da en la pierna.

El dolor manda una neblina roja sobre mi visión. Él sonríe mientras aplasta un enorme brazo contra mi pierna herida. Siento las navajas cortar mi carne desgarrada. El dolor me destroza, pero muestro mis dientes en desdén.

*Si tu enemigo inflige dolor, no le permitas verlo. No hay dolor donde yace la fuerza.*

Mi ira es un torrente, un rio en llamas. Salto, giro, manteniendo mi peso en mi pierna buena. Mi sable láser es parte de mi cuerpo ahora, despiadado, duro, cruel. Bailo a su alrededor, cortando sus brazos, pecho, hombros. Quiero mil cortes para matarle. Cae de cara sin dar ni un grito.

Salto sobre su cuerpo y subo por la rampa. La herida de mi pierna grita en protesta pero no cojeo. Me tranquilizo contra el dolor, disciplinando mi mente en su contra. No intentaré atenderla hasta que esté a salvo lejos de esta nave y haya aterrizado sobre Tatooine.

Entonces escucho el calentar del encendido preliminar del carguero. Enciendo mis motores y activo los procedimientos de partid. Una luz cálida me dice que la escotilla no se cerrará. En ese momento, escucho un rugido. El pirata se ha aferrado a la entrada. Le falta un brazo. Su cara está manchada de sangre y contorsionada por la ira. Reconozco la mirada. Pretende matarme antes de morir.

En cualquier momento, el carguero explotará.

Presiono los motores a máxima potencia y salgo hacia la plataforma de aterrizaje. El togoriano está medio dentro, medio fuera, sus dedos ensangrentados aferrándose a la puerta de la escotilla. Su cara se mofa de mí con una determinación grotesca.

Le embisto con mi cabeza. Su agarre se afloja. Le pateo en el abdomen. El pirata, increíblemente, aún aguanta. El lado oscuro estalla, alimentado por la sangre y la ira. Lo toco, utilizándolo mientras giro y le pateo sólidamente.

En el mismo momento, el carguero explota en una lluvia de metal y escombros.

El togoriano sale disparado por la escotilla, pero ya está muerto. Por un momento su cuerpo está aplastado contra mi ventana. Veo una mejilla ensangrentada. Un ojo. Una mano aún está doblada, agarrando la nada. Entonces medio segundo más tarde va en espiral hacia el espacio profundo. Las vibraciones de la onda expansiva de la explosión mandan el navío disparado.

Vuelvo al asiento del piloto. Requiero de un momento antes de poder recomponerme. Mis combates rara vez los gano por tan poco.

Introduzco las coordenadas hacia Tatooine. La noche está cayendo sobre el planeta, y las luces parpadean abajo. Para cuando la superficie se alza lo suficientemente cerca

como para captar las características del paisaje, me estoy riendo, disfrutando de mi momento favorito. Estoy a salvo, y mis enemigos están muertos.



# ENTRADA SEIS

Prefiero los aterrizajes nocturnos. Incluso si mi Maestro no lo hubiera decretado, lo habría escogido. Mientras me aproximo a Tatooine, puedo ver las luces de los espaciopuertos y el brillo solitario ocasional de la morada maltrecha de un granjero de humedad. Las luces me dicen cosas que la luz del día no puede… el brillo del sol puede ocultar, la arena puede camuflar. Pero a la mayoría de las criaturas les gusta tener luces por la noche. Se revelan a sí mismos.

El cielo es de un azul tintado mientras aterrizo en una meseta aislada cerca de mi primer cuadrante de búsqueda, cerca de Mos Espa. Primero, activo los detectores para asegurarme de que nadie está en el área. Lord Sidious me ha advertido específicamente que no llame la atención en esta misión. Los droides sonda dirigirán la búsqueda. Yo debo quedarme con la nave.

El viento es frío mientras camino hacia una duna cercana y trepo hasta la superficie. Barro el área con mis electrobinoculares. Sólo puedo ver el espaciopuerto de Mos Espa en la distancia. Hay otros asentamientos cerca. Activo tres droides sonda y los mando fuera. Las sondas han sido cargadas con información de los Jedi. Mandarán de vuelta lecturas que me darán las coordenadas de la localización de los Jedi.

Para esta hora mañana, estarán muertos a mis pies.

Camino de vuelta a la nave. La arena succiona mis botas, y, gracias a mi herida, cada paso requiere un esfuerzo. Explosiones feroces radian de la herida. Perlas de sudor caen por mi frente.

Aborrezco la debilidad. Es hora de atender mi herida ahora que las sondas han sido lanzadas.

Antes de empezar a vendar mi herida, medito, centrándome en el dolor hasta que se vuelve más feroz. Se convierte en cada pensamiento oscuro, cada sentimiento salvaje que he sentido. Se convierte en un poder que puedo utilizar.

*No hay dolor donde yace la fuerza.*

Mi Maestro me ha dicho que los Jedi ven el dolor de diferente forma. Lo abrazan. Le agradecen por alertarles del hecho de que han sido heridos y de que necesitan cuidarse. Creen que les ayuda a sanar.

Qué imbéciles son. El dolor es poder. Cogeré mi dolor y lo utilizaré contra ellos.

Cuando me encuentre a los Jedi, seré incluso más fuerte que antes.

Retraso el aplicar bacta a la herida. Me siento inmóvil, esperando a que el dolor no se convierta en dolor, sino en deseo. Mi necesidad de venganza contra los Jedi me quema. Ellos me han hecho esto. Mi persecución me ha traído aquí. Tiro de la oscuridad a mi alrededor como una capa. Me envuelvo a mí mismo de rabia.

Sólo entonces vendé la herida y apliqué bacta. Me sentí empezando a sanar.

Mientras la noche pasa, el cansancio de mi combate con el dolor que no es dolor se acomoda en mis huesos. Vendo mi herida de nuevo con bacta y vendas y me extiendo en mi colchón. Pese a mis mejores esfuerzos, mi mente va a la deriva. Recuerdo el tiempo en el que sentí un dolor tan desgarrador que pensé que moriría por él. Un dolor tan intenso que no podía siquiera recordar mi nombre.

Ese fue el día en que me convertí en un Sith.

Hace unos años. Soy lo suficientemente mayor como para sentir que he crecido y madurado del todo, pero lo suficientemente joven como para no saber lo que significa. No sé lo mayor que soy, ya que mi Maestro nunca me dijo cuánto hacía desde que me recogió, o qué edad tengo. La edad no tiene importancia para un Sith. Vivimos largas vidas. No hacemos un seguimiento de nuestro desarrollo de un modo tan mundano.

Así que no es mi edad lo que le dice a mi Maestro que estoy preparado, sino mis habilidades. Sé que soy fuerte y rápido y que nunca me quiebro. Mi control de la oscuridad que alimenta la Fuerza está cerca de la perfección.

Soy feliz cuando mi Maestro me dice que estoy preparado para hacer las últimas pruebas que me permitirán convertirme en un Lord Sith. Ya he completado dos años de misiones para mi Maestro. Le he complacido. Estoy preparado.

Durante catorce días, recibo una serie de pruebas físicas. Duelos de sable láser, ejercicios de resistencia, ayuno. Algunas pruebas las hago con los ojos vendados o en un traje de privación sensorial. Son los catorce días más duros que puedo imaginar. Para cuando terminan, estoy exhausto.

Y averiguo que la prueba ni siquiera ha comenzado.

—Voy a mandarte a un planeta del Borde Exterior, —me dice mi Maestro—. Está formado por tres tipos de terrenos: desierto, pantano, y montañas. Tendrás al menos tres combates en cada terreno. He mandado una flota de droides asesinos para atacarte. Cada uno está programado con estrategias diferentes. Algunos trabajarán juntos, otros trabajarán en solitario. Todos están programados para matar.

Eso llama mi atención.

—Es cierto, —dice Lord Sidious en silencio—. Estoy preparado para perder lo que más valoro. Así como debes estarlo tú para convertirte en un Sith. Debes estar preparado para perder tu propia vida para ganar.

Asiento.

—Lo entiendo, mi Maestro.

—Tendrás que sobrevivir un mes, —añade Lord Sidious—. Sólo tendrás un pack de supervivencia.

Pese a mi cansancio, estoy entusiasmado también. ¿Imaginé alguna vez que sería tan fácil convertirse en Lord Sith? El valor de cualquier cosa se mide por el esfuerzo. Demostraré a mi Maestro que soy el mejor aprendiz en la historia de los Sith. No debo sólo sobrevivir, debo conquistar.

Me doy cuenta ahora de lo joven que era. No podía haber sabido lo que había por delante de mí.

Aterrizo en el planeta y empiezo mi prueba. Es infinitamente más difícil de lo que mi imaginación había sido capaz de captar. Los droides asesinos son implacables. Una y otra vez me despierto con un ataque. Una y otra vez lucho, muevo el campamento, lucho de nuevo. Soy llevado a las nieves de la montaña y por el desierto ardiente. Pierdo mi pack de supervivencia en un combate y tengo que matar y rebuscar por comida.

Pasan diez días. Quince. Veinte.

Adelgazo y mis fuerzas empiezan a flaquear. Nunca he sentido tal debilidad, ni durante mis ayunos. Y aún tengo que continuar. Tengo que luchar, tengo que encontrar un lugar para descansar, tengo que volver a luchar. Cuento los días en mi cabeza.

Un combate con dos droides asesinos casi acaba conmigo. Tengo una herida de bláster de mal aspecto en mi muslo. Me arrastro hasta una cueva para ocultarme. No tengo bacta, ni vendas. Aún así sé que debo recuperarme antes de luchar de nuevo.

La herida se infecta. Es un dolor desgarrador, cegador. Estoy demasiado débil como para buscar comida. Los días se emborronan. Ya no sé cuánto he estado en el planeta. Seguro que ha sido más de un mes. ¿Se ha olvidado mi Maestro de mí?

Estoy cerca de alucinar cuando Lord Sidious aparece en la boca de la cueva. Estoy tan contento de verle que mis huesos se derriten. Le miro esperanzado.

—Ahora es hora de tu combate final, —dice él.

¿Otro combate? Ni siquiera puedo caminar.

Aún así su poder sobre mí es tan fuerte que levanto mis piernas temblorosas. Las paredes de la cueva brillan delante de mis ojos. Pierdo el equilibrio. Tanteo en busca de mi sable láser y lo activo.

—¿Dónde está el droide asesino, Maestro? —pregunto. Mi voz sale ajada de los labios gruesos, hinchados. Necesito agua. Mataría por agua.

Mi Maestro enciende su sable láser.

—Yo seré tu oponente.

Doy un paso hacia él. Sé que esta es mi prueba final. Invoco el lado oscuro de la Fuerza. Cojo todo mi dolor y rabia y lo convierto en una bola bien compacta. Hago arder esa bola en mi pecho.

Siento un chorro de fuerzas entrar en mí. Eso me alienta. Utilizo esa fuerza para avivar el fuego en mi interior.

—No puedes ser tan patético como pareces, —dice mi Maestro. Alza su sable láser y ataca.

Bloqueo el golpe y lo invierto, voy hacia él desde el lado opuesto. Pero ya se ha ido para cuando soy capaz de hacer mi ataque. El lanzamiento me hace perder el equilibrio. Me balanceo, las paredes de la cueva emborronándose. Él se ríe.

—Lo retiro, —dice él—. Sí que *eres* así de patético.

Me dice que soy débil, que no soy digno de ser un Lord Sith. Me dice que me ha juzgado mal. Intento atacarle. La bola de rabia en mi interior se convierte en una ira aullante. Es dolorosamente obvio que está jugando conmigo. Puede matarme en un pálpito. Aún así algo en mi interior no aceptará esto, ni siquiera de mi Maestro. Mi fuerza vital no lo permitirá. Continúo luchando, incluso ante su risa.

Me dice que ha esperado mi fracaso. Que vio mis debilidades hacía tiempo. En secreto, durante los largos años, ha entrenado a otro aprendiz. No he estado solo.

Señalo, jadeando, que tener más de un aprendiz va contra las normas de los Sith.

—Tienes razón, —dice él—. Una chispa de inteligencia al fin.

El segundo aprendiz está al otro lado del planeta. Ha dominado a todos los droides asesinos que mandé tras él. No tiene más que una herida superficial. Está sano y fuerte.

—Al contrario que el patético debilucho que veo ante mí, —dice mi Maestro.

Me doy cuenta lentamente de lo que significa esto. Mis oponentes no han sido realmente los droides. Mi oponente había sido alguien que no había visto nunca. Mi enemigo había sido escogido por mi Maestro. *Él* se convertirá en Lord Sith. *Él* recibirá el honor que yo esperaba. *Él* alcanzará la gloria para la que he castigado mi cuerpo y disciplinado mi mente por recibirla.

Una lenta ira empieza a arder a través de mí. Es una rabia terrible, no menos feroz porque empiece como un grano de incredulidad y luego aumente. Nunca he sentido nada así. Sé que puede consumirme.

*No. Puedo dirigirla. Mi ira consumirá a mi enemigo. Consumirá a mi Maestro.*

Sí, mi Maestro ahora es mi enemigo. Él es mi traidor. El odio me desgarra, me endurece.

—¿Puedes llegar al siguiente punto lógico? —Me pregunta Lord Sidious con desdén—. Trata de concentrarte, Mail. Si sólo puede haber un aprendiz, entonces uno de vosotros debe morir. ¿A quién crees que he escogido para morir, Maul?

La ira se dispara en mi interior, bombeando energía a mis músculos. Puede hacer cualquier cosa. Puedo matar a mi Maestro. *Quiero* matarlo. Mi odio es tan enorme que anula todo lo demás salvo mi deseo por su sangre.

Con un aullido desde las profundidades de mi estómago, salto hacia él. Él apenas se libra del primer golpe de mi sable láser, ya que incluso en mi ira he empleado la estrategia, llegando hacia él desde abajo, esperando partirle en dos.

Él bloquea mi siguiente golpe. El sudor me escuece en los ojos mientras me muevo por el burdo suelo de la cueva. No me tambaleo. No soy nada salvo el pulso de mi rabia, pura energía, pura oscuridad. Corro por el suelo de la caverna y llego hacia él de nuevo, dando la voltereta por el aire. Mi sable láser rueda en la oscuridad. Cuando él bloquea el golpe, se tambalea.

Voy a matarle. Cada bombear de mi sangre se regocija en mi poder. Cada golpe que doy está hecho para ser el golpe mortal. Utilizo reservas de fuerzas que no sabía que tenía. Mis golpes son seguros y precisos, mi juego de pies impecable. Reúno el poder del lado oscuro. Siento mi poder chocar contra el suyo. El aire es denso, cargado con nuestros poderes oscuros, titánicos.

Él bloquea cada golpe. Pero veo que tiene que trabajar duro para mantenerme a raya. El triunfo ruge a través de mí ante la debilidad de mi Maestro. No es tan poderoso como parece.

—¿Quieres matarme? —me provoca él—. ¿Quieres matar a tu Maestro?

—Sí, —gruño.

—¿Me odias?

—¡Sí! —grito la palabra a través de mis dientes apretados.

Pero he sido debilitado por mis duras experiencias, y mi Maestro me lleva contra la pared de la cueva. Estoy jadeando, tratando de succionar el aire suficiente como para seguir adelante. Mi visión se emborrona mientras Lord Sidious alza su sable láser. Bloqueo el golpe, pero mi sable láser de repente vuela lejos de mi mano, lanzado por el poder de mi Maestro comandando el lado oscuro. Me doy cuenta entonces de que acaba de empezar a utilizar sus propias reservas. Las mías están todas expuestas.

No seré capaz de rechazar el siguiente golpe. Me partirá en dos. En un borrón de calor y dolor. Veo el gran poder de mi Maestro alzándose contra mí, veo el sable láser venir hacia mí, veo mi muerte tan claramente como una luna blanca como el hueso en un cielo de ébano.

Me lanzo hacia delante y hundo mis dientes en su mano. Golpeo como un animal, tan rápido que no tiene tiempo de alejarse. Saboreo su sangre y se la escupo con desdén.

Sí, él me matará. Pero moriré con su sangre en mis labios.

El sable láser baja. Espero al dolor y el shock. Espero a morir.

Mi Maestro se ríe. Arroja el sable láser a un lado. Es un sable láser de entrenamiento. No me daña.

Estoy vivo. No me matará. Mis músculos me fallan pero no dejo que lo vea. Me inclino ligeramente contra la pared de la cueva detrás de mí. La roca muerde mi espalda y yo me concentro en el dolor mientras mi Maestro continúa riéndose. Nunca olvidaré el sonido de esa risa. No hay piedad en ella.

—¿Sientes el odio? —pregunta.

Asiento.

Es la fuente de tu fuerza. Aún me odias, —dice él—. No importa. Hoy te has puesto en mis manos. Tengo el poder de la vida y muerte sobre ti, Maul. Algún día, tú tendrás ese poder sobre otro. Es el honor de los Sith. Te entregarás a la idea de la dominación.

Confundido, le pregunto por el otro aprendiz. Pero no hay otro aprendiz. Ha sido una mentira.

—Has pasado la prueba, —me dice Lord Sidious.

Desactivo mi sable láser y lo meto en mi cinturón. Saboreo la sangre de mi Maestro en mis labios. El mundo vuelve a mí lentamente. Mi ira está fluyendo, pero no he captado de todo lo que ha sucedido.

Mi Maestro fija su mirada en mí, la mirada de hielo que sustenta tanto poder.

—Desde este día en adelante, eres un Lord Sith. Has escogido el camino de la oscuridad, el camino del poder. Eres Lord Maul. Eres mi instrumento.

—Sí, Maestro.

—Tu ira, —dice él—. ¿La has disfrutado? ¿Disfrutaste querer matarme?

—Recibí un gran placer en ello, —digo.

Él se ríe de nuevo. Pero esta vez, su risa no se burla de mí.

—Lo has hecho bien, Lord Maul, —dice él.

Y mi ira contra él se desvanece, para no volver. Soy un Lord Sith. Soy su instrumento.

Mi Maestro me lleva de vuelta a Coruscant. Soy atendido por un droide médico. Los días pasan rápidamente. Estoy determinado a volverme mejor y más fuerte que antes. La iniciación me ha convertido en hueso y nervio. He sido vaciado y llenado de nuevo con rabia y propósito. Soy más duro de lo que he sido nunca antes.

Cuando me he recuperado por completo, mi Maestro me hace llamar.

—Eres un formidable guerrero, Lord Maul, —me dice—. Ahora necesitas un arma a juego.

Me enseña los archives Sith por primera vez. Los ha leído detenidamente por largas horas y ha encontrado una entrada pasada por alto. Hace miles de años, un Lord Sith llevaba un sable láser de doble hoja.

Mi Maestro señala la entrada.

—Esta será tu arma, Lord Maul. Para servirme bien, debes ser invencible.

Me dice que debo entrenarme para conocerla inmediatamente. Debe encajar en mi mano, estar equilibrada para mi golpe. Debo entrenar con él hasta que sea parte de mí. Y entonces me uniré a él en la mayor misión de todas.

—¿Cuál es esa, Maestro? —me atrevo a preguntar.

—La dominación de toda la galaxia, —me dice.

Ese día, siento un júbilo salvaje cerca de la alegría que siento en el combate. Estoy involucrado en grandes cosas. Dominación. Control.

Sólo estoy empezando a saborear el poder oscuro de un Sith.



# ENTRADA SIETE



El poco descanso que tengo durante la noche me revive. Mi herida está tensa, pero mis poderes de recuperación son extraordinarios. Los droides sonda no han devuelto ninguna lectura, pero estoy seguro de que lo harán este día. Puedo sentir la perturbación en el lado oscuro. Hay un poder del bien en el planeta, una concentración de la Fuerza.

Los Jedi están cerca. La anticipación que siento es un hambre voraz.

Los soles gemelos de Tatooine salen. En una hora, el calor es sofocante. Camino hasta la meseta más cercana donde puedo ver kilómetros. Un mar de arena basta me rodea. Los dos soles por encima asan la tierra, mandando oleadas de calor hacia arriba que maltratan mi cuerpo como a paredes sólidas. La luz es cegadora.

Aún así Tatooine es el tipo de planeta que prefiero. Me siento cómodo con sus durezas. Opera fuera de las leyes del Senado. Está lleno de criminales y vagabundos, pero se abarrotan los espaciopuertos. Vastas áreas del planeta están para ocultarse en ellas. El sigilo es en realidad mi mejor arma contra los Jedi.

Pero me vuelvo impaciente por esperar a escuchar sobre los droides sonda. Las horas pasan. Merodeo alrededor de la nave impaciente.

*Los Sith nunca son impacientes. Nuestra disciplina no es menos absoluta en el retraso que en la acción.*

Pero Maestro, ¡nunca he estado tan cerca antes!

Finalmente, me acomodo en una pose de meditación. Me concentro en la oscuridad del interior. Empiezo con una imagen de un combate en una misión para mi Maestro. No recuerdo la cara del oponente, pero recuerdo cómo luchaba. Recuerdo cómo trató de eludirme al final, y cómo acabé con él. Mi rabia y placer mezclados y elevados a un tono furioso.

Entonces otro recuerdo viene a mi mente. Soy un niño pequeño, caminando con mi Maestro en un planeta que es todo hielo y nieve. El viento corta como un láser mientras caminamos junto a un lago azul oscuro, pero estoy cálidamente vestido y no siento el frío. Acabo de completar una serie de ejercicios, unos rigurosos que concluyen conmigo teniendo que correr por la cuesta helada de una montaña y bajar a toda velocidad. El esfuerzo requería un equilibrio y control superior. Siento miedo, pero actúo bien, y espero

que mi Maestro me elogie. En su lugar, mi Maestro alza una mano, y de repente el lado oscuro agarra mi pequeño cuerpo y me lanza en medio del lago.

Me hundo y entonces lucho de vuelta a la superficie. Trozos de hielo me rodean. El agua está tan fría que no puedo coger aliento. Hiere mi piel expuesta. Recuerdo el shock de terror que sentí mientras me daba cuenta de que mis gruesas ropas, mis botas pesadas, me arrastrarían al fondo y me ahogaría.

*Convierte tu miedo en rabia, Maul.*

Esa había sido mi lección. Veo que no la he aprendido para su satisfacción.

Lucho, tragando el agua helada, bajando y alzándome de nuevo. Trato de gritar por ayuda. Veo a mi Maestro en la costa. No levanta ni una mano.

Mi miedo se convierte en rabia. El lado oscuro impulsa mis brazos y piernas, me hace golpear el agua furiosamente, me permite patear mis pies con mis botas pesadas y nadar hasta la costa. Me arrastro de pie, temblando.

Él aún no me elogia. Meramente continuamos caminando.

Aquellos recuerdos alimentan el lado oscuro. Me concentro en el sufrimiento que sentí y lo convierto en rabia. Pronto encuentro una calma poderosa en la oscuridad. Cuando mi meditación termina, salgo de la nave para una de mis comprobaciones de rutina. Esta vez, encuentro rastros de bantha. Un bantha ha hecho un círculo lento alrededor de la nave, se detuvo, y volvió a dar la vuelta. No he oído ni un sonido.

Me agacho para examinar los rastros. La naturaleza del movimiento me dice que el bantha está llevando un pasajero. ¿Por qué otro motivo rodearía un animal una nave?

¿Quién me está observando?

Podría ser un Jedi, o un espía mandado por los Jedi. Podría ser un observador inocente. En cualquier caso, decido investigar. Mi presencia aquí debe permanecer en secreto.

Sigo los rastros de bantha a través de la suave arena. Los dos soles están directamente sobre mi cabeza, y el calor es tan intenso que parecen llamas. La herida en mi pierna empieza a palpitar tras un par de kilómetros. Lo ignoro.

Los rastros me llevan sobre las dunas hacia un cañón. Las propias paredes del risco se alzan sobre mí, escudándome de los rayos de los soles. Las paredes crean sombras azules. Es difícil, tras el brillo de la luz rebotando en la arena, distinguir sombras de sustancia.

Me doy cuenta de que los rastros de bantha van sobre las rocas. Los he seguido tan lejos como puedo. Mis ojos escanean el cañón de arriba. Vacío. Todo lo que puedo ver es el amplio cielo. El viento barre a través del cañón, mandando la arena golpeando contra mis ropas. Me doy cuenta de que si yo no fuera Maul, un Lord Sith, sino un ser ordinario, me sentiría atrapado aquí en esta desolación. Pero soy un Sith. Algo va mal. No estoy atrapado, ¿pero debería estarlo?

De repente, un bantha sin jinete se lanza a la vista alrededor de una pared del cañón. Mi concentración se rompe por sólo un segundo. Y en ese segundo un Explorador Tusken toma forma de una sombra bajo el risco y corre hacia mí, llevando su palo gaderffii.

Por supuesto me informé antes de dejar Coruscant de lo que encontraría en Tatooine. Sé de los Exploradores Tusken. Los locales les llaman los Moradores de las Arenas. Son atacantes agresivos, feroces. Bien adaptados al desierto, llevan túnicas del color de la arena, máscaras de respiración, y protectores de ojos. Su arma de elección, el gaderffii, es de dos puntas como mi sable láser y brilla con metal afilado hasta un filo letal. He oído que la gente local les teme. A mí meramente me aburren.

Activo un extremo de mi sable láser, esperando a que el Explorador llegue a mí. Casi estoy alerta ante la previsión de esta batalla. Realmente, si uno tiene que luchar, es más interesante tener un desafío.

Corre hacia mí, todo agresión sin finezas, dando un extraño grito de combate. Con un golpe diestro, corto su gaderffii en dos.

La criatura fatigante ruge y se sacude la mitad que le queda. Carga hacia mí de nuevo.

En lugar de atacar, sigo todos sus movimientos con mi sable láser, bloqueándolo. Puedo decir por dónde se moverá antes de que golpee. Lo anuncia de muchas formas débilmente, por su equilibrio, la posición de sus hombros, su postura.

Ruge aún más fuerte con frustración ante mi juego. Es hora de terminar con esto.

*Alargar tu victoria es estúpido. Haz la matanza. Entonces continúa en movimiento.*

Pero mientras me preparo para un movimiento de combinación que le hará caer, varios otros Moradores de las Arenas aparecen de repente de la nada. Salen de detrás de las dunas, debajo de la arena, de lo que parecen ser meras grietas en la fachada del risco.

Es entonces cuando recuerdo otra lección sobre los Moradores de las Arenas: viajan en fila india para ocultar sus números.

Hay al menos treinta de ellos. Todos se dirigen hacia mí.



# ENTRADA OCHO



**P**or imposible que pueda parecer, he cometido un error. Por impaciencia o un residuo de cansancio, quién puede decirlo.

Los Moradores de las Arenas avanzan hacia mí enfadados. En sus máscaras de respiración y gafas están protegidos de la arena que ahora hiere mis ojos y cubre mi boca.

Los aullidos se intensifican. Los Exploradores sacuden sus gaderffii y empiezan a rodearme. Hay demasiados de ellos. Puedo acabar con cuatro o cinco en un abrir y cerrar de ojos, pero eso sólo enfurecería al resto.

La frustración bulle dentro de mí. Estas interrupciones me distraen de mi misión.

Nunca huyo de un combate. Pero este me pasará factura, y necesito mis fuerzas para los Jedi. Si mi Maestro oye que he sido herido, estará furioso.

Todos estos cálculos corren por mi mente, más rápido de lo que se mueven los Exploradores Tusken. Un Explorador feroz es el primero en venir hacia mí, corriendo hacia delante con su palo bien alto. Es fácil para mí fingir que esquivo hacia la izquierda, luego dar media vuelta y patearle desde detrás mientras se tambalea, sorprendido de que ahora hay aire vacío donde había estado.

Cae con fuerza, esparciendo la arena. Esto me gratifica, pero no complace a sus compañeros.

Los Exploradores Tusken me han llevado más cerca de la misma fachada de la pared del cañón. Creen que me han atrapado. Planean tomarse su tiempo cortándome en trizas, disfrutando de lo que ellos creen que es mi miedo.

En ese momento, mi comunicador de muñeca manda una señal de alerta. Uno de los droides sonda ha encontrado algo. El ruido parte el silencio místico en el cañón. Incluso los Exploradores Tusken se detienen.

Los Jedi han sido localizados. Debo volver al Infiltrador.

Les doy mi espalda, pero sólo durante un instante. Corro directamente hacia la pared del cañón. No tengo mucha distancia que cubrir, así que tengo que correr rápido. Siento la herida desgarradora en mi muslo izquierdo, pero la dejo de lado. El dolor es otra molestia. No me ralentizará.

Corro por la pared vertical, llamando al lado oscuro para escapar de mis enemigos. Mi desdén y mi rabia hacia los Exploradores Tusken me ayudan. Soy capaz de escalar la

pared pese al dolor. Con un arrebato final de fuerzas que mandan agonía al rojo vivo por mi pierna, doy una voltereta hacia atrás, vuelo sobre las caras vueltas sorprendidas de los Exploradores, y aterrizo tras ellos.

Están tan sorprendidos que no reaccionan. Eso me da un buen comienzo. Corro por el cañón, dirigiéndome de vuelta a mi nave. Mi herida me molesta, pero ahora mi molestia está hacia mí mismo por sentirla. Me fuerzo a correr con mi fuerza y velocidad habituales.

No hay rival para mí. Ellos me dan caza, sacudiendo sus palos gaderffii, pero no pueden alcanzarme. Soy un rayo de oscuridad, más rápido que la luz.

Consigo volver a la nave. Veo por el parabrisas que los Exploradores Tusken están a cien metros de distancia. Hablan entre ellos, sacudiendo sus brazos. Pero sé que abandonarán, y lo hacen. Ellos se alejan caminando, buscando una presa más fácil.

El droide aparece un par de minutos después. Compruebo sus lecturas. Un Jedi fue visto en Mos Espa. Las coordenadas indican que está saliendo del espaciopuerto. Lo más probable es que esté volviendo a su nave.

Jedi, espero que estés complaciente ahora mismo. Espero que pienses que estás a salvo de momento. Sé que tu arrogancia te dice que eres rival para cualquiera que te esté buscando. Tu sorpresa se sumará a mi placer cuando te destruya.



# ENTRADA NUEVE

La tecnología me complace. Personalmente ajusté mi moto speeder con un sistema de ignición avanzado. Es ágil y rápida. Los Jedi no tendrán ocasión de escapar de mí.

Acelero sobre el suelo del desierto. El calor me golpea, y me alegro. Ralentizará a los Jedi. Me doblo, los ojos centrados en el paisaje por delante, buscando el movimiento que me mostrará a mi enemigo. Todo lo que veo es arena y polvo y dunas. Suelo amarillo, cielo azul.

El fondo de la batalla será casi tan crucial como la propia batalla. La arena hará que hacer pie sea difícil. Pero debo convertir cada obstáculo en una ventaja. Utilizaré la suavidad del terreno para debilitar a los Jedi, entorpecerlos. Yo nunca soy torpe.

Un levantar de arena me alerta. Veo un punto en el horizonte. Mientras acelero más cerca, el punto se separa en dos. Para mi sorpresa, es un hombre y un niño pequeño. Por un momento, estoy confundido. ¿Esta es mi presa?

Entonces veo cómo se mueve el hombre mayor, y sé que la figura en la distancia es ciertamente un Jedi. ¿Pero qué está haciendo con ese chico?

El chico… hay algo con el chico. Siento remolinos en la Fuerza a su alrededor. Aún así está desconcentrado, descontrolado. ¿Por qué está con el Jedi?

Las motivaciones no son interesantes. Los resultados son lo que importan. Tengo un Jedi a la vista. Este Jedi me llevará al otro. Incluso muerto, él me llevará, porque los otros volverán para encontrarle, y yo estaré esperando.

Me acerco a ellos. Mi motor está casi en silencio. Podría abatir al Jedi y empezar desde ahí. ¿O sería más satisfactorio saltar de la moto y enfrentarme a él directamente?

Quiero ver sus ojos.

El Jedi acelera el paso. El chico se queda atrás. Él está en medio, así que planeo aplastarle.

Estoy casi sobre ellos cuando el Jedi se gira y me ve. Grita algo al chico, y sin mirar ni vacilar un momento, el chico cae en plano al suelo. Qué peculiar, noto mientras zumbo sobre su forma tumbada. La mayoría de chicos habrían vacilado o se habrían vuelto. Sus instintos están afilados para alguien tan joven. Quizás la Fuerza está más concentrada de lo que pensé.

Tan pronto paso, rechazo al chico con desdén. Él no es nada. El Jedi es mi presa.

*Sí, Jedi. Mira dónde te dejará tu hinchada reputación. Muerto a mis pies*

En un movimiento perfecto apago el motor y salto del speeder, mi sable láser activado y en mi mano. El Jedi se enfrenta a mi primer golpe, bloqueándolo. Esperaba mi maniobra por el aire.

Si un oponente puede leerte, el combate ha terminado. No me gusta que el Jedi estuviera perfectamente preparado para mi primer golpe. En unos segundos, lanzo mis habituales combinaciones y estrategias. Este Jedi parece saber cómo me moveré antes de que lo haga.

Pero no puede igualar mi fuerza. Lo percibo. Y percibo su sorpresa en esto. Aún así no deja que su confusión le frene. Me digo a mí mismo que este hombre nunca se ha encontrado con un enemigo como yo antes, y eso le asusta.

*Tu miedo está justificado. Prepárate para morir.*

Acelero mi paso, llamando a mi rabia para aumentar mi poder. Mi juego de pies nunca ha sido tan brillante. Utilizo la arena levantada como resistencia. Mi ligereza y rapidez derrotarán a este hombre, con su gran cuerpo, sus movimientos pesados.

Pero es grácil, este Jedi. La arena no parece molestarle. Nunca pierde el equilibrio, sin importar dónde o cómo le golpee.

Nuestros golpes mandan temblores a través de mi cuerpo. Él iguala mi fuerza. Nuestros sables láser chocan y sisean. El polvo y la arena se levantan a nuestro alrededor. Nunca pierdo mi ritmo.

El Jedi llama al chico, le dice que vaya de vuelta a la nave. El chico cobarde sale corriendo. Después de derrotar a mi enemigo, encontraré al segundo Jedi.

Pero debo confesar que este Jedi es un desafío. Si salto, está conmigo. Si me giro, él me sigue. Iguala mi ferocidad con la suya. Su sable láser gira y zumba, y varias veces llega más cera de lo que me gustaría.

Es debido a mi herida. Me ha frenado de algún modo. Es casi imperceptible, pero está ahí. El Jedi tiene una ventaja. No estoy en las mejores condiciones.

Esta revelación manda más ira bombeando a través de mi cuerpo. Me enfado conmigo mismo, pero utilizo la rabia para alimentar al lado oscuro. Percibo la Fuerza venir desde el Jedi y se la mando de vuelta, mostrándole que yo, también, tengo una conexión, y que es más fuerte que la suya. Lanzo un contraataque furioso. Percibo al Jedi empezando a cansarse, y el triunfo se alza como una niebla roja ante mis ojos. Gano la ventaja. Estoy ganando. Le derrotaré.

He sido sorprendido por su habilidad, pero ahora estoy confiado de la victoria. Saborearé cada momento de este combate.

Incluso a pesar de su fatiga, sus golpes aún tienen poder. Es un hombre grande con una fuerza impresionante. Caerá con fuerza, como un monumento.

Siento un placer salvaje atravesarme. Su debilidad alimenta mi poder. Le llevó hacia atrás, giro cuando él bloquea, le llevo hacia atrás de nuevo. El polvo ahoga mi garganta, pero no me percato de ello.

De repente, la nave está aquí. Y en un abrir y cerrar de ojos, pierdo al Jedi de vista. ¿Ha desaparecido en el polvo? ¿Ha dado la voltereta detrás de mí? Aún no estoy seguro.

¿Le he llevado hacia donde le quería?

¿O él me ha llevado a mí?

Le veo hacer un salto gigantesco y aterrizar en la rampa de la nave.

*¡No!* Voy tras él, pero es demasiado tarde.

Me levanto y observo la nave mientras se alza. Pronto es sólo una mota en la distancia.

Saboreo la arena en mi boca. El Jedi se ha ido.

Me quedo en el mismo punto un largo tiempo. El viento se levanta. Lleva la arena contra mí furiosamente, pinchazos agudos contra mi cara y piel expuestas. Percibo algo en mi boca: sangre. Aún así me quedo ahí y dejo que el viento azote la arena en una tormenta a mi alrededor y contra mí.

La sangre en mi boca duele, sabe a humillación. Vergüenza. No he sentido una vergüenza así antes. Es una oscuridad más oscura que ninguna que haya conocido nunca. Pero no es una oscuridad placentera.

He fracasado. Ahora debo decírselo a mi Maestro.



# ENTRADA DIEZ



No hay motivos para permanecer en Tatooine. Sé lo que debo hacer. Debo volver a Coruscant y enfrentar a Lord Sidious. Mando un informe de que los Jedi han despegado con la Reina, y estoy de regreso. Sé que mi Maestro querrá escuchar los detalles en persona.

Estoy preparado para hacer esto, pero no estoy ansioso por hacerlo. Le he llevado malas noticias antes. Mis éxitos han sido espectaculares, pero en una misión tuve que informar de mi fracaso.

Era en los primeros días cuando Lord Sidious estaba trabajando en secreto para consolidar la fuerza de la Federación de Comercio. Mi misión era ir al planeta Chryya y asegurarme de que sus negocios de tráfico de especia pasaran a la gerencia de la Federación de Comercio. Lograría esto a través de amenazas e intimidación. No revelaría mis poderes Sith a no ser que dejara muerto a mi oponente.

Al principio, tuve éxito. Un par de incidentes convencieron a los mercaderes asustados de firmar todos los acuerdos. Pero entonces un mercader organizó una protesta. Antes de que pudiera moverme contra él, una oleada creció entre la gente. Cada ciudadano de Chryya destruyó sus suministros de especia en lugar de dárselos a la Federación de Comercio. Destrozaron su economía por principios.

No había previsto esto. En mi experiencia, las criaturas son guiadas por sus propias comodidades. No podía matar a toda la población, así que tuve que marcharme e informar de mi fracaso a mi Maestro.

No se lo tomó bien. Alzó una mano, y el lado oscuro me agarró por la garganta y me alzó bien alto. Mi aire fue apretado fuera de mí lentamente. Demasiado lentamente. Tuve tiempo de sentir cada momento extendido de pánico mientras luchaba por forzar incluso la más diminuta mota de aire dentro de mis pulmones.

Cuando estaba cerca de perder el conocimiento, fui lanzado al suelo acurrucado. Mi Maestro se alejó caminando. No se dirigió a mí ni me llamó en un tiempo. La pérdida de su favor era peor que el castigo.

Así que en el viaje de vuelta, considero cuánto de mi historia contar. Me cuestiono si es necesario hablarle de mi combate con los piratas, o mi encuentro con los Moradores de

las Arenas. Si lo hago, tendré que confesar que tenía una herida en la pierna. No quiero mostrar debilidad enfrente de mi Maestro.

Y mi pierna está casi sanada. No hay motivos para contárselo.

Él me culpará por permitirme ser atrapado en la trampa de los piratas. No escucharía si tratara de contarle que era imposible evitarlos. Me cortará.

*No quiero excusas. Sólo resultados.*

A veces las explicaciones no son excusas, aún así suenan así. Y a veces las historias era mejor no contarlas.

No me gusta ocultarle nada a mi Maestro. Nunca lo he hecho antes. Pero me digo a mí mismo que cualquier cuestionamiento sobre mí sólo lo distraería. Debemos concentrarnos en el siguiente paso.

Llego a Coruscant por la noche. Cuando salgo del hiperespacio, la luz del planeta ciega mis ojos como una estrella imposiblemente brillante. De noche brilla de las millones de luces que rebotan en la atmósfera. Algunos dicen que es la vista más hermosa de la galaxia.

No sé, ni me importa, sobre la belleza. La aprensión burbujea en mi sangre. No hay nada en la galaxia en comparación a mi Maestro cuando está descontento.

Amarro mi nave en la plataforma de aterrizaje. El panel de entrada se desliza al cerrarse. Para los extranjeros parece una pared recta. Completo mis registros de llegada. Cuando me doy cuenta de que me estoy retrasando, retuerzo mi mente en la forma adecuada para un Lord Sith. No nos retrasamos. No sentimos temor.

Me dirijo directamente hacia mi Maestro. Se sienta en medio de una habitación vacía, el lugar donde él planea y medita. No hay nada en la habitación que le distraiga. Incluso la puerta se desliza cerrándose y se vuelve invisible.

Relato lo que ha sucedido. Cómo corrí para encontrar a los Jedi, cómo estuve cerca de derrotarle, cómo saltó a la rampa de la nave.

Mi Maestro está llevando su capucha, así que no puedo ver sus ojos. Confío en su boca y el tono de su piel para que me digan si está enfadado, pero no veo ningún cambio.

—¿Sientes que podrían haber derrotado a este Jedi? —pregunta.

—Sí, Maestro. Lo sentí cansarse. Puedo derrotarle.

—¿Tenía barba?

Asiento.

—Bien. Ese es Qui-Gon Jinn. Él es el más fuerte de los dos.

Mi Maestro parece satisfecho. Esto me desconcierta. Con seguridad está furioso conmigo por permitir a los Jedi escapar.

Me atrevo a decir que creo que los Jedi y la Reina vendrán a Coruscant. ¿Qué otra cosa puede hacer? Ella es joven y parece tener autoridad. Será lo suficientemente

inocente como para pensar que el Senado puede ayudarla. Estoy complacido con mi deducción, pero no parece interesar a mi Maestro.

Él mueve su mano y me dice que ella ya está aquí.

Ella está cerca, en el cuarto Senatorial.

Yo me tenso.

—¿Y los Jedi?

Están en Coruscant también.

Mi mano va a la empuñadura de mi sable láser. Mi enemigo está cerca. Un ardor comienza en mi pecho y se extiende hacia fuera.

—Déjeme matarlos, Maestro.

—No aquí, —dice él. Parece preocupado, como si ni siquiera estuviera en la habitación—. Tengo otro plan.

Mientras estaba en presencia de mi Maestro, me sentí aliviado ante mi falta de castigo. Obviamente, su mente está en otras cosas.

Pero tan pronto me quedo solo, me empiezo a preguntar. ¿Está reviviendo mi Maestro un antiguo método utilizado cuando era joven, retrasando el castigo hasta que mis nervios estén gritando? Nunca supe cuándo vendría mi castigo, o cuál sería. Entonces cuando venía, casi me sentía aliviado.

Pero nunca por demasiado tiempo. Tan pronto empezaba el castigo, el alivio era sólo un recuerdo. Soy demasiado mayor ahora para estar asustado por una habitación llena de dinkos, pero nunca subestimo la inventiva de mi Maestro.

¿Sabe de mi combate con los piratas, mi estúpida decisión de seguir aquellos rastros de bantha? ¿Percibió la herida de mi pierna? Ambos episodios me pusieron en peligro y me ralentizaron. ¿Está esperando hasta que esté complaciente para lanzarme mis errores a la cara?

*Piensa en el ahora, Maul. Piensa en el futuro. No medites en el pasado.*

Debo utilizar mi vergüenza. Debo volverla hacia adentro para hacer que la oscuridad en mi interior crezca. Mi vergüenza alimentará mi odio. Eso me hará más fuerte, y cuando me vuelva a encontrar con mi enemigo, estaré preparado.

Y ahora mi enemigo tiene un nombre. Qui-Gon Jinn.

En el pasado nunca me importó el nombre de mi enemigo. Mi enemigo era un objetivo, nada más. Conocer su nombre por cualquier otro propósito que el del rastreo era inútil.

Pero me alegro ahora de ser capaz de poner nombre a mi enemigo. Qui-Gon Jinn. Repito el nombre para mí mismo con odio en cada sílaba, lo entono como una maldición.

*Te destruiré, Qui-Gon Jinn. Veré el shock en tus ojos cuando te mate, Qui-Gon Jinn. Me levantaré triunfal sobre tu cuerpo muerto, Qui-Gon Jinn.*

*Por tu culpa, he fallado a mi Maestro.*

*Pagarás.*

Mi Maestro me llama y me dice que la Reina Amidala ha intentado llevar al Senado a su causa, justo como esperábamos. Ella les ha pedido que condenen el bloqueo de la Federación de Comercio a Naboo. Ha fracasado, como esperábamos.

Él ríe satisfecho con triunfo, en el mejor humor que le he visto nunca. Es algo satisfactorio, dice él, cuando cada pieza de tu plan cae en su lugar, gracias a tu astucia y a la estúpida e inconsciente cooperación de tus marionetas

Siento alivio. Mi Maestro no sabe de la herida de mi pierna, sobre los piratas togorianos. Está vibrante de triunfo, preparado para dar el siguiente paso. Mis errores no importan. A no ser que esté distraído por las buenas noticias y se vuelva contra mí más tarde…

—Está volviendo a Naboo, —dice con dureza—. Estúpida chica. Los Jedi la acompañan. —Él sonríe—. Vamos. Contactemos con los neimoidianos y compartamos las buenas noticias.

Se pone su túnica y su capucha y activa el holocomunicador. Nute Gunray responde casi de inmediato. Sus ojos son temerosos mientras mira a Darth Sidious. Me quedo fuera de la vista.

Mi Maestro le dice a Nute que la Reina está de camino de vuelta a Naboo. Nute está sorprendido, pero no teme su llegada.

—Cuando llegue allí, destruidla, —dice mi Maestro.

Nute asiente. Esto no es difícil de cumplir para él. Él tiene tropas y guardias y droides asesinos. No tendrá que ensuciarse las manos.

Lord Sidious pregunta si el planeta está asegurado. Nute se apresura en asegurarle que lo está. La Federación de Comercio ha tomado hasta el último refugio de primitivos. Están en completo control.

Espero, esperando, sabiendo lo que mi Maestro dirá. Es mi hora. Me necesita ahora. Debo redimirme. Él debe darme la oportunidad de hacer caer a Qui-Gon Jinn.

—Voy a mandar a Darth Maul para que se una a vosotros. Él se encargará de los Jedi.

Veo a Nute tragar saliva. Lanza una rápida mirada a Rune. No están contentos con el pensamiento de mi compañía.

Pero asienten y pretenden estarlo.

La pantalla se vuelve negra. Mi Maestro se ríe.

—Pronto los neimoidianos ya no nos serán útiles, —dice él—. Qué día más feliz será ese.

Se vuelve. Sus ojos me ordenan.

—Asegúrate de que los neimoidianos se encargan de la Reina Amidala. Tú en persona destruirás a los Jedi. No me falles de nuevo.



# ENTRADA ONCE



El terror se eleva de Nute y Rune Haako como el vapor. Los intimido sin decir ni una palabra. Está claro en el minuto en que llego a Naboo. ¿Son mis tatuajes rituales, mi silencio, mis ojos? Todo lo que tengo que hacer es mirar en su dirección y ellos se escabullen.

Así que miro en su dirección a menudo.

Encuentro a mi llegada que Nute y Rune se han acomodado en el palacio de Theed como si hubiera sido construido para ellos. Nute se ha apoderado del dormitorio privado de la Reina Amidala. Creen que serán recompensados por su lealtad con el control de Naboo.

Es cierto que los neimoidianos aún nos son útiles. Pero también es importante para nuestros lacayos saber quién está al mando realmente.

Así que en la mañana de mi llegada, camino hasta el dormitorio de la Reina, donde Nute ronca en su colchón, cubierto por una manta tejida de suave brilloseda. Tiro de la cubierta y le pateo. Con fuerza.

Se despierta en pánico.

—¿Nos están invadiendo?

Qué estúpido es. Disgustado, le digo que se vaya.

—Este es mi cuarto ahora, —dijo.

Sus ojos se mueven con miedo. Trata en el último momento de llevarse la cubierta de brilloseda, pero se la agarro de las manos. Se desgarra por la mitad, y noto la desesperación en la cara de Nute. La desgarro más sólo para asustarle. Entonces le lanzo los trozos a la cara.

—Manda a alguien para que elimine los rastros de tu presencia aquí, —le suelto.

Corre tan rápido como es capaz un neimoidiano, ansioso por salir fuera de mi vista.

Tan pronto se ha ido, me río. No es que quiera dormir entre lujos. Pero disfruto de atemorizar a Nute. Es demasiado fácil, pero es placentero.

Camino por el palacio, notando la riqueza de los materiales, la artesanía delicada de los muebles, la grandeza de los pasillos y las escaleras. Las ventanas van del suelo al techo y reflejan los estanques y cataratas de la ciudad de Theed. No me percato a menudo de mis alrededores excepto como algo que utilizar y explotar para cumplir una misión.

Pero aquí puedo ver lo que yace por delante de nosotros. El control de la galaxia en nuestro agarre, con cada lujo a nuestros pies.

He sido criado sin lujos. Paredes desnudas, suelos desnudos, un colchón. Un bol en el que comer. He creído que las cosas finas suavizan a uno. Todo mi gozo viene en la batalla, todo mi placer viene en prepararme para ella.

Pero puedo ver lo equivocado que estaba. Podría gobernar desde un palacio como este algún día. No sería un destino tan terrible.

Encuentro la sala del trono. Nute y Rune están hablando, y se detienen abruptamente cuando aparezco en la entrada. Sin duda Nute se estaba quejando de mí.

Entro y miro a Nute con dureza. Se levanta del trono y se apresura hacia una silla inferior. Me siento, y ellos me miran nerviosos.

—Informe de estado, —les digo.

Nute balbucea que las cosas están yendo bien en Naboo. Rune añade que la gente está apiñada completamente en los campamentos. Los movimientos de resistencia subterráneos son pequeños y serán aplastados cualquier día. Cada nave en el área, cada tropa ha sido alertada para que vigile por la nave de la Reina. Ella será vista tan pronto entre en la atmósfera de Naboo, prometen. Sin duda aterrizará en la plaza central, esperando negociar, con los Jedi como sus escudos. Es imposible que se deslice a través de las muchas seguridades que han preparado.

—A no ser que ya esté aquí, —digo.

—¡Imposible! —gritan ellos a una sola voz.

Sugiero que juntos comprobemos la seguridad en la plaza. Esto se encuentra con su habitual aprobación de ojos vidriosos, balbuceante.

Caminamos por la plaza central. Las cataratas caen en estruendo cerca. Su espray enfría el aire. La plaza es amplia y desolada. Imagino que antes de la invasión habría estado llena de gente. He oído de la fina artesanía de Naboo, los músicos, los vendedores de comida, todos los placeres que pueden comprarse o intercambiarse en el centro de la gran ciudad.

La prefiero vacía.

Nute y Rune señalan a las patrullas. Están sincronizadas para cubrir la plaza cada quince minutos.

—Que sea cada cinco, —digo yo.

Rune señala nervioso que aún hay reservas de resistencia a través de la ciudad. ¿No deberíamos mantener las tropas extendidas?

Dejo que mi mirada estruje sus insignificantes mentes, que convierta sus pensamientos en líquido con terror.

—¿Crees, —pregunto en un tono peligroso—, que la Reina perderá el tiempo cuando llegue, y simplemente esperará a que la atrapéis? Piensa, cretino. ¿Adónde crees que se dirigirá?

Nute ladra la orden por su comunicador. ¡Patrullas de cinco minutos! Ha empezado a estar inquieto.

—Debería haber vigilancia en cada momento, —digo, barriendo con mi brazo para abarcar los balcones—. Sensores infrarrojos para alertar a las patrullas.

Rune me dice rápidamente que lo organizarán.

La Reina no puede escapar a su vigilancia. Todo está bajo control…

El comunicador de Nute da señal. Vacila.

Sugiero que responda, o será lanzado por una catarata.

Un oficial informa desde el campo. La nave de la Reina ha sido encontrada en los pantanos de Naboo.

Nute parece aturdido. La cara horrenda de Rune se queda bien abierta. Su estupidez ya no es entretenida.

—¿La habéis capturado? —ruge Nute.

El oficial contesta que la nave está vacía, y no hay señal del equipo de la Reina. Han desaparecido.

No digo nada. Es más efectivo.

La voz de Nute tiembla mientras ordena al oficial que mande patrullas en su búsqueda.

Agarro su comunicador y lo apago. No hay motivos para oír más titubeos de los imbéciles. Lo agarro en su cara.

—¿Todo está bajo control, dices? —le siseo directamente en su cara. Él flaquea—. Pagarás por esto. Ahora debemos contactar con Lord Sidious.

Nute asiente. No tiene elección. Pero la mera mención del nombre de mi Maestro le ha hecho parecer más verde de lo habitual. Las cosas se están yendo fuera de control. Cuando mi Maestro contactó por primera vez con los neimoidianos para sugerir el bloqueo, su codicia les pudo. Pensaron que sería fácil, sin duda. Ahora percibo que Nute y Rune desearían estar en un planeta del Borde Exterior, bien lejos del agarre del Lord Sith. Sólo su miedo y su codicia les mantienen anclados aquí.

Lord Sidious aparece ante nosotros en forma holográfica. Nute repite el informe del oficial, añadiendo que ha actuado rápidamente para mandar patrullas de búsqueda.

—Esto es un movimiento inesperado para ella, —dice Lord Sidious—. Es demasiado agresivo… Lord Maul, se cuidadoso.

Me dice que les deje hacer el primer movimiento. Sea cual sea, cuando venga, estaré preparado.

*Sí, Qui-Gon Jinn. Esperaré a que hagas tu primer movimiento. Eso te dejará abierto. Nos encontraremos pronto.*



# ENTRADA DOCE



**P**ara mí, la paciencia nunca ha sido fácil. Para calmar mi mente, me concentro en el combate que sé que está por delante. Cuando me extiendo para reunir el lado oscuro de la Fuerza a mi alrededor, está revuelto, turbulento. Sé que mi enemigo está cerca.

*Mi primer golpe te atraerá, Qui-Gon Jinn. Mi segundo golpe será el verdadero golpe, el que te hará tambalearte. Conozco tu estilo de lucha ahora. Sé lo rápido que puedes moverte, y lo fuerte que es tu golpe. Sé que tus instintos son buenos, y que eres rápido. Nada de esto te salvará. Te presionaré hasta que te debilites, igual que hice antes. Y cuando tu guardia se deslice sólo una fracción de momento, daré el golpe mortal.*

Mi odio es tan frío y duro como la piedra del suelo del palacio. Yace dentro de mi pecho. Lo animo, lo alimento para que crezca.

Una voz golpea en mi cabeza, la voz de mi Maestro. Me recuerda que no fracase.

Recuerdo los ojos grises azulados del Jedi. Había ferocidad en ellos, pero distancia también. Me vio, pero también vio a través de mí. Luchó contra mí, pero no me odiaba.

Haré que me odie.

Nute corre hacia mí. Estoy molesto por la interrupción. Me vuelvo hacia él enfadado.

—¡Está reuniendo a un ejército! —grita él.

Al menos las patrullas neimoidianas hacen algo bien. Descubren que la Reina Amidala ha contactado con los primitivos en el pantano.

Le señalo a Nute que él nos había dicho que los primitivos habían sido todos rodeados.

—¡Fueron a esconderse! —exclama él—. Conocen el terreno mejor que nosotros…

Le silencio con una mirada. Las explicaciones son excusas. Ahora lo veo.

Los gungans están reuniendo un ejército. Nute y Rune no están tan preocupados por esto. Los primitivos no son rivales para las fuerzas de la Federación de comercio. El ejército droide y su armamento son invencibles.

Lo que está planeando la Reina Amidala está menos claro. ¿Está planeando luchar? ¿Cabalgará a la cabeza del ejército gungan? Ese pensamiento me hace reír. Ella durará diez segundos en tal batalla. Naboo no tiene fuerzas para empezar. Todos sus cazas estelares han sido capturados. Sus pilotos y oficiales voluntarios están en campamentos. ¿Qué piensa que puede lograr, dependiendo de los primitivos con sus diminutos cerebros?

¿Y qué hay de los Jedi? ¿Cabalgarán junto a ella? ¿De verdad piensan que pueden protegerla contra miles de droides de combate?

Contacto con mi Maestro. Estas noticias debe escucharlas.

Lord Sidious no flaquea cuando le informo de las noticias. Está algo sorprendido ante la estupidez de la Reina.

Pero ahora me pregunto si está siendo manipulada por los Jedi. Quizás tienen algún plan en mente. No creo que la joven Reina sea lo suficientemente sabia como para tramar su propia estrategia. Deben estar involucrados.

Lord Sidious rechaza mi especulación. Se les ha prohibido a los Jedi entrar en un conflicto. Son consejeros y protectores, nada más. Y Qui-Gon Jinn no violaría ese compromiso.

—Esto funcionará en nuestra ventaja, —dice él.

Mi Maestro ve más lejos que yo. Las piezas caen en su sitio para él. Por supuesto que tiene razón. Los Jedi siempre soportan sus normas. Esa será su caída. No pueden ganar contra los Sith, que no tienen normas salvo la dominación.

—Eliminadlos, —nos dice Lord Sidious—. A todos.

Lo haremos.

* * *

Percibo el movimiento en el lado oscuro como una oleada que comienza como un pliegue y reúne impulse hasta que se alza y choca contra mi cuerpo, succionando el oxígeno de mis pulmones.

Qui-Gon Jinn está aquí. Está en Theed.

Al fin me puedo enfrentar a mi enemigo.

¿Debería matarlo primero, o matar a su aprendiz ante sus ojos? ¿Le moleré la cara en pena antes de acabar con él?

Dejaré que el combate lo dicte. No planearé demasiado.

Me levanto suavemente. Activo ambos extremos de mi sable láser, comprobando por segunda vez mi equipo, haciendo un par de pases para probarlo. Entonces devuelvo el sable láser a mi cinturón.

Cierro los ojos y me concentro en la imagen de mi enemigo. Tengo tiempo. O los sensores o las tropas de la Federación de Comercio localizarán a los Jedi.

Toda mi vida he esperado. Toda mi vida he entrenado. Y aquí está el momento. Mis experiencias, mi conocimiento, mis instintos… todos han convergido en este día, en este mundo, para mi prueba definitiva.

Incluso mi fracaso en matar al Jedi en Tatooine sólo sirve como un paso hacia su derrota. Utilizaré todo lo que tenga.

Desde que era un niño, he hecho todo lo que me pedía mi Maestro. He llevado a cabo tarea tras tarea, completado misión tras misión. Aún así sé que nada más importa frente a esto. Hoy es el día en que verdaderamente me probaré a mí mismo.

Desgarraré a Qui-Gon Jinn. Mi Maestro verá que ciertamente soy invencible. No tendrá necesidad de castigarme, de dudar de mí, nunca más.

Porque yo no dudo de mí mismo. Sé que no fracasaré. Los Sith no fracasan. No es exceso de confianza lo que siento, sino certeza.

Los sensores han informado. Han sido vistos en el hangar central del espaciopuerto. Nute y Rune se han encerrado en el palacio. Son cobardes, pero incluso yo imagino que pueden protegen el palacio contra el insignificante asalto de la Reina.

Estoy preparado. Sabed esto: Sellaré el destino de Qui-Gon Jinn, y el destino de su aprendiz, Obi-Wan Kenobi. Me alzaré sobre sus cuerpos muertos. Derramaré su sangre. Su derrota sabrá a miel en mi boca. Y entonces le llevaré sus sables láser a mi Maestro y los lanzaré a sus pies. Él verá lo que puedo hacer.

Y entonces gobernaremos la galaxia juntos, lado a lado. Somos Lords Sith. Nadie puede derrotarnos.



# EPÍLOGO

**GRAVACIÓN DE VOZ**
**POR: Lord Darth Sidious**
**LOCALIZACIÓN: Coruscant**

Lamento anunciar que Lord Maul se equivocaba. Un Lord Sith puede ser derrotado si es un aprendiz que cae víctima de su creencia en su propia invencibilidad.

Tomo la tarea de completar el diario de mi aprendiz fallecido, Lord Darth Maul. Aquí debo registrar lo que aprendí de su muerte a manos del Jedi, Obi-Wan Kenobi.

La información de Lord Maul era correcta: la Reina y una pequeña fuerza han invadido el hangar central. Su objetivo era robar los cazas estelares de Naboo para deshabilitar la Nave de Control Droide en órbita. Esto debería haberle quedado claro a Maul. Debería haber evitado que las naves despegaran. En su lugar, se centró en los Jedi. Esas eran sus órdenes, pero debería haberse dado cuenta de que se requería un cambio de plan.

Mi aprendiz era digno, pero nunca era flexible. Se centró en los Jedi por venganza personal. He instruido la firmeza en mi aprendiz desde una corta edad. No esperaba que se convirtiera en un fracaso.

Varias de las naves escaparon del hangar. La Reina Amidala se fue hacia el palacio para completar el siguiente paso del plan que ahora debo admitir a regañadientes que era bastante atrevido. Dependía demasiado de la suerte, pero el resultado demuestra el plan, ¿no?

Los Jedi se quedaron para luchar contra Lord Maul. Sin duda sabían que era el único capaz de detener a la Reina.

Aquí estuvo el error de Lord Maul: si no podía despacharlos rápidamente, debería haber ido al palacio a tratar con la Reina. No me gusta el hecho de que aún esté viva…

En cuando a mi decepcionante aprendiz, se enfrentó a los Jedi en combate. Por el informe que he recibido luchó bien… brillantemente, de hecho. Me entretiene pensar en la sorpresa de los Jedi ante la habilidad mortal del Sith. Ahora saben que hemos vuelto, y deben sospechar que no hay rival para nosotros. El miedo debe arremolinarse en su interior ahora. El miedo es un sentimiento poco conocido para un Jedi.

Ahora deben vivir con él.

El combate comienza en el hangar. Darth Maul activó su sable láser de doble hoja, un arma que diseñó él mismo bajo mi supervisión. En sus manos esta arma era perfecta… o eso pensé.

Hizo a los Jedi correr. Tuvieron que utilizar todo lo que conocían y más para enfrentarse a su habilidad. Fueron hacia él, dos contra uno, y no pudieron derrotarle. Sin duda Maul utilizó sus formidables poderes oscuros para mitigar su uso de la Fuerza.

La batalla estalló fuera del hangar hacia el generador de energía principal de Theed. Está construido con pasarelas que recorren varios niveles. Ahora estaban solos, luchando lo que sabían que sería una pelea a muerte.

Te preguntas cómo sé lo que sucedió aquí. Es mi trabajo conocer todo lo que afecta a mi plan de apoderarme de la galaxia. Hay formas de averiguar cualquier cosa. Incluso lo que yace en los corazones y mentes de los seres vivos. Mi conocimiento me da poder. Y no necesito revelar cómo llegué a ello.

Qui-Gon Jinn fue por delante. Un poderoso guerrero, sospecho que sorprendió a Maul con su aguante. En un punto Qui-Gon le dio un golpe y Maul cayó varios niveles. Pero para cuando el Jedi saltó para enfrentarse a él de nuevo, mi aprendiz se había puesto en pie y luchó sin un solo fragmento de energía perdido.

Lord Maul debería haberme contado sobre su combate con los piratas togorianos. He leído su diario, y veo que guardó un secreto de mí. ¿Si hubiera sabido de la herida de su pierna, le habría dado órdenes diferentes, preparado refuerzos?

No. Estoy seguro de que Maul estaba al máximo cuando luchó contra los Jedi. Su error fue de error de cálculos, no debilidad. Un fallo mental, no uno físico. Si podría haber previsto eso es una cuestión que no puedo responder.

No hay muchas de esas.

Al final la batalla alcanzó un pasillo de paredes láser mortales. Los campos de fuerza separaron a los Jedi de Maul, y al uno del otro. Tuvieron que esperar hasta que las paredes se retrajeran antes de enfrentarse en la siguiente fase del combate.

No sé si fue suerte o habilidad lo que entró en juego en la confrontación final. ¿Maul tuvo éxito al separar a los Jedi, o tomó ventaja de una situación en la que se encontró? En cualquier caso, actuó bien.

Ahora estaba uno a uno con Qui-Gon Jinn. Un Obi-Wan frustrado estaba atrapado tras las paredes de energía. Debía haber sido una fuente de satisfacción para Maul enfrentarse a Qui-Gon de nuevo. Sé que sentía vergüenza por su fracaso en Tatooine. Aquí había una reivindicación y un placer para él, un dulce triunfo. Mi aprendiz siempre recibía un placer peculiar del combate.

El duelo escaló hasta una ferocidad que perjudicó los poderes del Jedi. Maul, estoy seguro, estaba bajo control en todo momento.

*No rechaces los viejos trucos, aprendiz. Funcionan.*

El combate con Qui-Gon terminó con un simple movimiento, un truco: Utilizando la empuñadura de un sable láser para golpear a un oponente bajo el mentón. Maul normalmente desdeñaba tales maniobras burdas. Él es —era— un luchador elegante. Preciso. Pero cuando veía una apertura, no dudaba en recordar mi lección.

Un golpe en el mentón de Qui-Gon le dejó mareado.

*Fuerza tu ventaja siempre.*

El sable láser de Maul giró, y atravesó a Qui-Gon Jinn. El Maestro Jedi cayó.

Puedo imaginar el grito del joven Obi-Wan. Si me río entre dientes, es sólo porque la arrogancia de la orden Jedi me enfurece. Cómo amo desinflarlos. Qué delicioso placer obtengo de imaginar ese momento, cuando el aprendiz vio al Maestro caer.

Esta era mi victoria tanto como la de Lord Maul, ya que fue gracias a mis enseñanzas, a mi entrenamiento, que fue capaz de derrotar al gran Qui-Gon Jinn.

La derrota de tal oponente debería haber enfriado su mente, afilado su concentración. Pero en su lugar. Maul se encontró con su perdición: el joven Obi-Wan Kenobi. Estoy seguro de que Maul sabía que el aprendiz atacaría con un gran salvajismo en nombre de su Maestro. Habría estado preparado para eso.

Pero me temo que Maul subestimó el control de Obi-Wan. Al principio, Maul estaba ganando. La derrota de Obi-Wan estaba en su poder. Maul le golpeó hacia el pozo de fusión. Obi-Wan colgó de una pequeña boquilla que sobresalía de la pared recta. Habría sido un asunto fácil deshacer su agarre, golpearle miles de metros hacia abajo al pozo, y terminar con la vida de otro molesto Jedi.

En su lugar, Maul se regocijó. Desdeñosamente pateó el sable láser de Obi-Wan al pozo. Caminó enfrente del Jedi golpeado, mofándose. Sin duda mi aprendiz quería saborear el momento. Contra todas mis enseñanzas, vaciló para deleitarse en su triunfo.

*El combate no ha acabado hasta que tu oponente esté muerto.*

¿Cuán a menudo le he instruido eso?

Obi-Wan llamó a la Fuerza. Saltó del pozo, el sable láser de Qui-Gon saltando a su mano. Maul no tuvo tiempo suficiente para bloquear el golpe que debió ser la última gran sorpresa de su vida.

Mi digno aprendiz me falló al final. Cayó en el pozo de fusión. Me alegro, al menos, de que su cuerpo fuera consumido. Si debe haber un fin, es uno apropiado.

Una y otra vez le dije que no subestimara a los Jedi. Al final, lo hizo. Ahora está disperso en los extremos lejanos de la galaxia.

Mientras tanto, la Reina ha invadido el palacio. Engañó a Rune y Nute utilizando un señuelo. Sólo recordarlo me hace sentir agotado. Siempre podía contar con la estupidez neimoidiana, pero normalmente funcionaba para mi ventaja.

Otra batalla estalló por lo alto, bien alto en la atmósfera de Naboo. Los cazas estelares trataban de golpear la nave de control principal pilotada por neimoidianos. Uno de los cazas estelares era pilotado por el chico esclavo que Qui-Gon Jinn había sacado de Tatooine por algún motivo estúpido de compasión. Este chico logró penetrar en la nave de control. Hizo estallar el reactor. No creo que fuera simple suerte. Vigilaré a este chico. Maul, también, sintió la Fuerza en él. La cuestión es si es demasiado tarde para que él la controle.

Los droides de combate colapsaron en Naboo. Los droides destructores desactivados en el palacio. La Reina capturó a Nute Gunray. El gobierno estaba de vuelta en sus manos.

Derrotados por un chico joven, una chica inocente, y un aprendiz de Jedi. No fue un buen día.

Pero es meramente un contratiempo, ya cosa del pasado. Ahora los Jedi saben que los Sith aún están operando. No dudo que harán una estrategia, un plan para moverse en mi contra. No importa. Los derrotaré. Siento el desdén hacia todos ellos: Yoda, Mace Windu, el joven Obi-Wan. Pero no cometeré el error de mi aprendiz. Nunca me olvidaré de que pueden ser afortunados.

No sé qué hacer con este registro. Quizás lo introduzca en los archivos Sith. Quizás lo destruya. Es un registro de errores de cálculos más que otra cosa. Lord Maul pensó que estaba dejando un registro de su inteligencia y valentía. En su lugar, es un registro de su vanidad y debilidad.

Maul cometió errores de impaciencia y temperamento. Al final, había estado demasiado hambriento de victoria. Había fracasado al esperar la resistencia de Obi-Wan Kenobi. Permitió que su sentimiento de triunfo le distrajera.

Yo, también, cometí un error. Quizás Maul no era la mejor elección. Para mi siguiente aprendiz, escogeré con más cuidado. Debe haber odio y miedo en él. Debe haber algo en su corazón que se haya enfriado, algo en lo que pueda trabajar para expandirlo en implacabilidad. Pero debe haber gran astucia e inteligencia también.

El siguiente aprendiz no cometerá errores.